



4



LAS PROHIBICIONES.

Madrid 7 de octubre de 1853.

Examinada por el señor Censor de turno, y de conformidad con su dictámen, puede representarse.

BENAVIDES.

Esta comedia es propiedad de su autor. El que la represente ó reimprima sin su consentimiento, incurrirá en las pena que señala la ley sobre propiedad de las obras dramáticas.

C9364

LAS PROHIBICIONES,

COMEDIA ORIGINAL EN TRES ACTOS Y EN VERSO,

POR

DON LUIS DE EGUILAZ.

REPRESENTADA CON EXTRAORDINARIO APLAUSO EN EL TEATRO
DEL PRÍNCIPE EL 20 DE OCTUBRE DE 1853.



MADRID.

IMPRESA DEL SEMANARIO É ILUSTRACION,
A CARGO DE ALHAMBRA, JACOMETREZO, 26.

1853.

R 24885

PERSONAJES.

ACTORES.

CAROLINA	<i>Doña Teodora Lamadrid.</i>
ROSARIO	<i>Doña Maria Rodriguez.</i>
D. GABRIEL	<i>D. Joaquin Arjona.</i>
D. CRISTÓBAL	<i>D. José Cálvo.</i>
GONZALO	<i>D. Manuel Ossorio.</i>
VÍCTOR	<i>D. Fernando Ossorio.</i>
D. FERNANDO	<i>D. Enrique Arjona.</i>

ACTO PRIMERO.

Cuarto abuhardillado: ventana: en el fondo por la que se descubren los tejados: dos puertas á la izquierda y una á la derecha, de una sola hoja. A través de los vidrios de la ventana se ven varias macetas con flores.

Mesa en primer término cubierta de papeles y con recado de escribir. Sobre varias sillas y una cómoda infinidad de libros de todas clases: en el foro un espejo, un retrato de Calderon litografiado, y una percha cargada de ropa.

Al levantarse el telon la ventana estará cerrada, y sobre la mesa arderá una vela que estará concluyéndose. El teatro á media luz.

ESCENA PRIMERA.

GONZALO, VICTOR.

(Aparecen sentados á la mesa; el primero escribiendo, el segundo dormido sobre el papel con la pluma en la mano. Pausa.)

GON. ¡Victor! *(Despertándolo.)*

VIC. ¿Quién?... Ah!... Me dormía.

GON. ¿Te rinde el cansancio ya?

VIC. No; pero... ¿qué hora será?

GON. No sé.

VIC. ¡Calla! ¡Si es de día! *(Abriendo la ventana.)*

GON. Cierto. Y según la luz brilla, muy entrada la mañana. Ya el sol baña la ventana de nuestra pobre buhardilla

- Vic. Economicemos. *(Apagando la vela.)*
 Gon. Sí.
- No estan nuestros capitales
 para despilfarros tales.
- Vic. ¡Dímelo, Gonzalo, á mí!
 A mí, que siguiendo aun
 encargado de la caja,
 llevo siempre el alta y baja
 de nuestra bolsa comun!
- Gon. ¡Pobre bolsa nuestra!
- Vic. ¡Bah!...
- No te apures por dinero.
 ¿A que altura se balla?
- Gon. A cero.
- Vic. Entonces...
- Gon. Dios proveerá.
- Vic. Dices bien.
- Gon. Gran posicion
 gozamos... Casi me rio.
- Vic. Oh! Las musas, Victor mio,
 no madres, madrastras son.
 Fuerza nos sobra y salud;
 fé y pocos años tenemos;
 Gonzalo, no nos quejemos.
- Gon. Desgraciada juventud!
 De la vida en los albores
 no hay en ella padeceres:
 es... la edad de los placeres,
 ¡es la edad de los amores!...
 Edad de felicidad,
 única en dichas completas.
 Esto dicen los poetas...
- (Riendo con amargura.)*
- ¿Estamos en esa edad?
 Si en ella el hombre batalla
 con rudo pesar profundo,
 dicele piadoso el mundo:
 «Eres jóven, sufre y calla.
 No te quejes; aun no es hora;
 no te apures; jóven eres:
 si desesperas, si mueres...
 eres jóven; sufre y llora.»
 Si esta es la edad de gozar
 y no he gozado una vez,
 cuando llegue la vejez
 ¿qué es lo que podré esperar?...
- Vic. Bah!... Bah!... Escelente maestro

para formar Jeremías.
Deja tus filosofías.
Chico! el porvenir es nuestro!

GON. Tal vez te sobre rapon.
Vic. La que á tí te va faltando.
A escribir pane tuorando,
cuartillas de municion.

GON. Es verdad.
Vic. Buena mañana
nos espera.

GON. Hermoso rato!
Vic. Va á ser el vivo retrato
de esta noche toledana.

GON. ¡Qué le hemos de hacer!
Vic. Paciencia!

GON. El que ansie dinero y fama
que dé descanso á la cama.
Vic. Eso es hablar con prudencia.
GON. Sí... pero es tan solo hablar.
Tiempo há que logré imprimir
mi *Historia del porvenir*...
No he vendido un ejemplar.
Bien lo sabes.

Vic. Bien lo sé.
Es un libro de oro.

GON. Algo
valdrá quizás: nada valgo,
¡mas lo escribí con tal fé!...
Vic. ¡Tienes razon! Y no ha habido
quien publique lo que vale,
que no hay otro que lo iguale...
GON. Como nadie lo ha leído...
Solo tú y yo.

Vic. ¡Pobre hermano!
¡Pobre amigo mio!

GON. ¡Calla!
Vic. Quien así sufre y batalla
tiene un valor sobrehumano.
Pasando por el crisol
de la desgracia, se sube.
Mañana, rota esa nube,
tal vez alumbre otro sol.

GON. ¡Imposible! En tal estado
nuestra sociedad se encuentra,
que se halla, al que en ella entra,
todo camino cerrado.
No hay que formarse ilusiones.

Yo lo he visto bien... Escucha...
 Asistimos á la lucha
 de las dos generaciones.
 La que acaba y la que empieza,
 contrarias á muerte son:
 una... todo corazon,
 otra... otra... ¡todo cabeza!...
 Esta ocupa el mejor puesto,
 y antes que al tiempo sucumba
 cavado habrá nuestra tumba.
 Esto... acabará con esto.

(Llevando la mano primero á la cabeza y luego al corazon.)

- Vic. Esas cosas desesperan...
 Vamos... vamos... hoy estás...
 Gon. Cual siempre...
 Vic. No pienses mas;
 las cuartillas nos esperan.
 Hoy estás malo, Gonzalo:
 de pensar tu mal proviene;
 pobre eres... quien lo es, no tiene
 ni tiempo para estar malo.
 Gon. Trabajemos pues.
 Vic. Sí, sí.
 Por no ver de mal humor
 á nuestro horrible editor
 haria... Así como así
 paga y nos saca de apuros.
 Gon. Mucho!...
 Vic. No lo que tú vales.
 Mas siempre quinientos reales...
 Gon. Sí, son veinticinco duros.
 Vic. ¡Es cierto que su diario
 traga mucho original!
 Gon. ¡Y él no lo es poco!...
 Vic. Tal cual...
 ¡Ente mas estafalario!
 ¡Usurero!
 Gon. Vamos.
 Vic. Pues...
 ¡Por tan miserable suma
 tener tu pluma y mi pluma
 moviéndose todo el mes!...
 Gon. ¡Y qué quieres?...
 Vic. Que yo esté...
 sufriendolo, es natural;
 ¡pero tú!...

- GON. El caso es igual.
 VIC. ¿Que es igual?
 GON. Pues ya se vé.
 VIC. ¿Tengo acaso, amigo mio,
 ya que hablar es necesario,
 un pariente millonario
 como tu querido tío
 don Fernando?
- GON. No hables de él.
 VIC. Como quieras. No hablaremos.
 GON. Trabajemos.
 VIC. Trabajemos. *(Vuelven á escribir.)*
(Llaman á la puerta de la derecha.)
- GON. Adelante.
 VIC. *(D. Gabriel entra, levantando el picaporte.)*
 D. Gabriel!
(Saliéndole los dos al encuentro.)

ESCENA II.

D. GABRIEL, GONZALO, VICTOR.

- GON. ¡Tío!
 GAB. Quietecitos. ¡Bravo!
 Ya estais trabajando?
- GON. Sí.
 GAB. Eso me gusta: ¡así, así!
 Tan rara constancia alabo.
 VIC. Es que...
 GAB. Las once no mas. *(Mirando al reloj.)*
 Muy temprano te levantas
 para estar hasta las tantas...
 GON. ¡Qué!
 GAB. Sí... ya me lo dirás...
 No somos de cal y canto;
 poned á ese ardor un freno:
 apego al trabajo... bueno...
 pero no tanto... no tanto.
 GON. Cuando se está entusiasmado...
 GAB. Se vence un poco ese ahinco.
 GON. Ya le venzo.
 GAB. ¿A que á las cinco
 no estabas aun acostado?
 ¿Callas?... ¡Esto al cielo clama!
 Y hoy vuelta...
 VIC. No hay que volver.
 GAB. ¿Cómo?

- VIC. Estamos en ayer. •
 No hemos probado la cama.
- GAB. ¡Oh!... Vamos!...
- GON. ¡Querido tío!
- GAB. ¿Aún no os habeis acostado?...
 Debí haberlo adivinado.
 Esos ojos... ¡hijo mío!
- GON. ¿Ves, ves? *(A Victor reprendiéndolo.)*
 No quiero afectarme;
 mas en mis riñas no insisto...
 Vamos... vamos... ¡está visto!
 quieres matarte y matarme.
 Pero...
- GON. De hoy, si tu mal labras,
 no daré por ello un paso.
 Aquí ya no se hace caso
 de mí, ni de mis palabras.
- GAB. Es que... cuando se está haciendo
 una cosa con placer...
(Sí...) *(Con socarronería.)*
- VIC. Ya... ¿Me quieres leer
 lo que estabas escribiendo?
- GON. Yo!... Como está sin limar..
- GAB. Es una súplica, hijo.
- GON. Si usted lo quiere... Lo exijo.
- GAB. *(¡Oh!...)* *(Tiemblo de adivinar...)*
*(Tomando una de las cuartillas que estan sobre la mesa
 en el lado que ocupaba Gonzalo, y leyendo.)*
- «Muy pronto tendremos el gusto de ver en uno de nuestros tea-
 tros á la divina Elisa de Guzman, á esa bella y eminente actriz, que
 á pesar de haber nacido en España, parecia complacerse hasta
 ahora en huir los aplausos de sus compatriotas, al paso que recibia
 los delirantes y frenéticos vítores de la América entera, al paso
 que...»
- GON. ¿Y es esto lo que ahora hacías?...
 Y estabas entusiasmado
 con un puff que han publicado
 hace tres ó cuatro dias
 todos los diarios...!
- GON. No:
 eso es nuevo.
- GAB. ¡Qué ha de ser!
- GON. Si.
- GAB. Si tengo desde ayer

un palco encargado yo
para cuando salga... En vano
tu afan disculpa imagina.
Me lo leyó Carolina,
la pupila de mi hermano.
Estoy cierto. Oye, ¿vendió
este su novela? *(A Victor y variando de tono.)*

VIC.

Sí.

GAB.

¿En cuánto...?

GON.

En...

GAB.

Silencio. Dí. *(A Victor.)*

VIC.

No sabe: aun no la cobró...

GAB.

Y tú me dijiste...

GON.

Fué...

GAB.

¡Calla! Habla tú.

GON.

Pero tío...

GAB.

En este cuarto tan frío...

¡velar para esto!

GON.

Es que...

GAB.

Silencio: ya toco el quid:

lo miro, y dudarlo quiero.

Victor, sé tú mas sincero.

GON.

Un cuarto cuarto en Madrid...

(Haciendo señas á Victor para que calle.)

VIC.

Vivimos en cuarto... cuarto;
mas... tan perdidos nos vemos,
que aunque dos cuartos tenemos
nunca tenemos un cuarto.

GAB.

¡Ah!...

GON.

¡No créa usted por Dios!...

GAB.

No eres de mi afecto digno.

¡Calla, calla!... ¡esto es indigno!

Engañarme así los dos...

Fingir ante mí alegría

cuando... con razon me quejo;

y yo necio... ¡pobre viejo

que tan feliz te creía!

¡Vamos! y vivir así

con secreto tan profundo...

¿Para qué estoy yo en el mundo

si no te acuerdas de mí?

GON.

¿Llora usted?

GAB.

Quién? ¡yo llorar,

(Ocultando las lágrimas.)

cuando así me engañas!

GON.

¡Tío!

GAB.

Pero... ¡perdon, hijo mio!

¡Yo lo debí adivinar!
Ven acá, ven. ¿Me perdonas?
¡Oh!

GON.
GAB.

Gran Dios! y le reñía
cuando velar le veía...
Cree! que ansiabas coronas
solamente y... No ignoraba
que no era tu posición
muy buena... Mas con razón
que esta no fuer: pensaba.
Yo no soy rico... pero...
tengo lo que necesito...
Tome usted, caballero:
no me diga usted que no.

(Sumamente conmovido y colocando rápidamente un
bolsillo en las manos de Gonzalo.)

GON.
GAB.

Señor...
¿Cómo no caí...?
Cómo no pensé hasta hoy...?
¡Hijo! ¡Gonzalo!

VIC.

Me voy.
Yo no puedo estar aquí.

(Abrazándolo.)

(Conmovido.)

ESCENA III.

DON GABRIEL, GONZALO.

GAB.

¿Es verdad que no crees vano
este dolor que en mí observas?
¿Es verdad que no conservas
rencor á este pobre anciano?

GON.
GAB.

¿Yo...?

Tranquilízate. No
así aumentes mis sonrojos.
Pero... sécate esos ojos...

(Secándole los ojos y enjugándose despues una lágrima.)

Los hombres ¡o lloran... ¡Oh!...
Si alguien nos vió... Si nos ven...
Se ha marchado.

GON.
GAB.

Es muy prudente.

Al fin delante de gente...
no se ensancha el alma bien.
Oye, y toda tu atención
no te admire que reclame.
Lo que aquí pasa es infame;
infame... esa es la expresión.
Mi hermano Fernando, hermano

tambien del que ser te dió,
ni tu pobreza miró
ni te ha tendido una mano.
¡Y es opulento! y quizás
no hay cual él otro banquero.

GON.

No le pido su dinero,
sino lo que vale mas.
Su puerta, á todos abierta,
á mí solo se ha cerrado...
Años há que no he pisado
los umbrales de esa puerta.

GAB.

GON.

¿Y lo sientes?
Cuando niño,
á quererle me enseñaron...
sus desaires no arrancaron
de mi pecho este cariño.

GAB.

De eso no le acuso yo.
Tal vez causa no le falta
que justifique esa falta.

GON.

GAB.

¿Usted lo defiende?
No...

pero ponte en su lugar.
Él consentir no podia
tus visitas, desde el dia
que se tuvo que encargar
de su pupila.

GON.

GAB.

¿Y por qué?
No la conoces á ella.
Es encantadora, es bella...
mas... el mas yo me lo sé.

GON.

GAB.

No entiendo...
• (Ya ontró en cuidado.)
Su padre, que en gloria está,
era de lo que no hay ya;
hombre á la antigua templado.
Todo libro la prohibió
por su rutina fatal,
y... lo que era natural...
ella... por libros rabió.
Pasó el viejo á mejor vida;
dióse á leer la inocente,
y acaloróse su mente,
de suyo bien encendida.
Bien veo que es deplorable!
mas mi hermano, con razon,
teme que dé el corazon
al primero con quien hable.

- Tú eres joven y poeta,
ella... niña y exaltada...
Negarte en casa la entrada
fué prevención muy discreta.
GON. Mirado bajo ese aspecto...
GAB. ¿Y ella, dice usted que es bella?
¡Encantadora! (¡Habla de ella!
La prohibicion... hace efecto.)
Hay motivo... Ya vea, sí...
¡Ah!... lo mejor olvidé:
un día de tí le hablé...
Siempre está hablando de tí.
GON. ¡De mí!
GAB. Como no te importa,
nada te he dicho.
GON. Es verdad.
GAB. Madurará con la edad.
¡Oh!... la edad siempre se porta.
Para que veas si es vana
esa cabeza infeliz,
leyó ayer lo de esa actriz...
lo...
GON. Ya.
GAB. De la americana :
y un palco fué necesario
encargar sin mas demora.
Ya se sabe, se enamora
de todo lo extraordinario.
Pero á mi hermano volviendo...
GON. ¿Qué dice de mí?
GAB. ¿Fernando?
GON. Ella.
GAB. Siempre preguntando.
GON. ¡De veras!
GAB. Siempre inquiriendo
tu vida... La atolondrada
solo piensa en tonterías...
si eres así... Niñerías
que no significan nada.
GON. Pero...
GAB. Tú no te figuras
genio mas incorregible.
Siempre ansiando lo imposible;
siempre soñando aventuras.
GON. (¡ Oh qué mujer!)
GAB. Nada, nada;
mi hermano hace en esto bien,

y yo en su lugar tambien
te negaria la entrada.

GON.

Mas...

GAB.

(¡ Va está muerto por veria!)

Demos á eso pues de mano
y volvamos á mi hermano.

GON.

(¡ Si lograra conocerla!)

GAB.

Dormir siempre en la indolencia
era de España el destino,
cuando á despertarla vino
el grito de independencia.

¡ Oh!... súbito como el rayo
fué de lugar en lugar...

Todos quisimos vengar
la sangre del dos de mayo.

Lleno de ardor juvenil,
si bien en edad muy tierna,
dejé la casa paterna

y echéme al hombro un fusil.

Tambien mi hermano ese ardor

sintió, y se le vió correr...

no á balirse... sino á ser

de las tropas proveedor.

Por tan diversos caminos

como ves, hemos llegado...

yo, á coronel retirado,

él, á los altos destinos.

Y no pienses que me quejo;

siempre en mi patria pensando

y el mal ajeno aliviando,

pobre y feliz... llegué á viejo.

Casi al par él ha llegado;

pero egoista profundo,

no halla placer en el mundo;

sus riquezas le han gustado.

Sentir no puede el cariño;

nunca lo sintió tal vez;

yo he llegado á la vejez

con el corazon de un niño.

¡ Fernando es muy infeliz!...

mas de lo que tú te piensas:

hoy vivo yo á sus espensas...

pero cuánto mas feliz!

La ventura no proviene

de crecer, ni de elevarse...

Solo hay dicha en contentarse

cada cual con lo que tiene.

- GON. ¡Pobre tío!
- GAB. Así vejeta
seco, á todo indiferente...
afecto por tí no siento.
Te odia... porque eres poeta.
«¡Bah! Nada será ese chico,»
dice, á su sistema fiel.
No ser nada para él...
es no llegar á ser rico.
¡Por eso te deja así!
mas todo lo he prevenido...
Él aquí nunca ha venido :
hoy ha de venir aquí.
- GON. ¡Cómo!
- GAB. No importa. Ya sabes
con quién te las vas á haber:
te hace falta: es menester
que lo que he empezado acabes.
Lo haré.
- GON. Bien. Ahora, hijo mio,
voy una pregunta á hacerte
en que va tal vez tu suerte.
Que digas verdad confío.
¿Sientes amor tu corazón?
- GON. No.
- GAB. Tus años lo previenen.
- GON. Los pobres tiempo no tienen
para amar.
- GAB. ¿Tienes razon!
- GON. No me vayas á engañar.
- GON. ¡Yo!
- GAB. Con tu libro lo hiciste.
- GON. ¿Cómo?
- GAB. Sé que no vendiste
ni siquiera un ejemplar.
- GON. ¡Qué mundo! ¡qué vida! ¡Oh!
- GAB. Cesa en tu dolor profundo,
y no te quejes del mundo.
- GON. ¿Usted no se queja?
- GAB. No.
Yo soy optimista. ¡Y quién,
viendo con ojo imparcial,
no encuentra en el mayor mal
los gérmenes de un gran bien?
Yo del mundo no me quejo
cuando mi amargura exhalo,
porque... el mundo no es tan malo.

Es... que se va haciendo viejo.

(Confidencialmente.)

Helado, seco, indolente,
do quier estampa su sello.
Lo mas grande, lo mas bello,
todo le es indiferente.
Nunca el libro de su ciencia
osado y curioso abras;
su ciencia está en dos palabras:
«Egoismo, indiferencia.»
La sociedad que hoy se educa
en penas y desengaños,
logrará mejores años
que esta sociedad caduca.
¡Vaya si los logrará!
Ella su camino sigue,
y el que trabaja... consigue!...
Quien viviere lo verá.

GON.

Y esas, ¿no son ilusiones?

GAB.

Ya lo verá el que viviere.

GON.

Dios lo quiera.

GAB.

Dios lo quiere! (Con solemnidad.)

CRIST.

¡Noventa y siete escalones!

(D. Cristóbal, entrando.)

En tan culminante altura
el genio escondido escribe:
Jesucristo, ¡qué alta vive
la baja literatura!

ESCENA IV.

D. GABRIEL, GONZALO, D. CRISTÓBAL.

(Don Cristóbal entra fatigado, y despues de decir los primeros versos pasea una mirada por la excena, se cala las gafas, se encorva y tose, llevándose las manos al pecho. D. Gabriel y Gonzalo habrán estado hablando aparte, y hasta el momento en que tose D. Cristóbal no reparan en él.)

CRIST. (¡ No me han visto!) ejem! ejem!

GON. ¡ Don Cristóbal!

CRIST. ¡ Caballero! (A D. Gabriel.)

Usted tan famoso.

GAB. Sí.

CRIST. ¿ Su hermano de usted...?

GAB. Tan bueno.

CRIST. ¿ Amiguito...? (A Gonzalo.)

GON. ¿Usted aquí?

CRIST. Como usted vé.

GON. ¿Y á qué debo
ver á todo un editor

bajo tan humilde techo?

GAB. (Nunca me gustó su cara.)

CRIST. A... ejem!... (Precisa que hablemos
del periódico, y á solas.)

(Aparte á Gonzalo y mirando siempre á D. Gabriel;
cuando cree que lo ha oído, tose.)

Ejem!

GAB. Malo está ese pecho.

CRIST. ¡Este Madrid!...

GAB. Sí... (Con desconfianza.)

GON. Si Victor

es igual...

CRIST. ¡Pues ya lo creo!

Ejem! (Mirando siempre á D. Gabriel.)

GON. Yo estoy ocupado

con... Voy á llamarle. Vuelvo.

ESCENA V.

D. GABRIEL, D. CRISTÓBAL.

GAB. No se sienta usted?

CRIST. Mil gracias.

GAB. No hay de qué. ¿Conque usted es dueño
del periódico en que escriben
estos chicos?...

CRIST. En efecto.

GAB. Y dicen que tiene mu:ha
suscripcion *El Noticiero*.

CRIST. Ejem!... ejem! Esta tos...

GAB. Es un fortunon deshecho
ganar tanto con tan poco.

CRIST. Ejem! Los dias de viento
me aprieta de una manera!...

GAB. Y qué tal le va con ellos?

CRIST. ¿Con estos dias? Muy mal.

GAB. No; si yo no hablaba de eso.

Con estos chicos.

CRIST. Pse... Pse...

Bien... bien...

GAB. Dá usted poco sueldo.

CRIST. Ejem! (Tosiendo con fuerza.)

GAB. (Tos mas oportuna...)

¿Y ha visto usted lo que ha impreso Gonzalo?

CRIST.

Sí. Es una obrita muy linda. ¡Tiene talento!

GAB.

Mas como el pobre no entiende de estas cosas, el dinero ha perdido.

CRIST.

¡Vea usted! *(Con refinada hipocresía.)*

¡Quia! Si el público... y los tiempos...

¡Los tiempos estan tan malos!

GAB.

Para este chico, perversos.

Ni un ejemplar ha vendido.

Él no entiende esos manejos de anuncios y de...

CRIST.

Sí, sí.

GAB.

En otras manos...

CRIST.

¡Lo creo!

GAB.

¿Sí?... ¿Cuánto daría usted, que es en estas cosas diestro, por todos los ejemplares?

(De pronto.)

CRIST.

¡Yo! ¡jem... jem... maldito invierno.

¿Quiere usted una pastilla?

(Levantándose y presentándole una cajita.)

GAB.

Gracias...

CRIST.

Vamos.

(Instándole.)

GAB.

Lo agradezco.

¿Cuánto?...

CRIST.

Cero.

GAB.

¿Cero?

CRIST.

Nada.

Está escrito sin ingenio:

no tiene interés ni rasgos...

El título es de mal género...

«Historia del porvenir!»

Y... ¿qué quiere decir esto?

GAB.

Usted lo ha leído?

CRIST.

No,

no necesito leerlo.

De algo ha de servir la práctica.

Nací entre libros...

GAB.

Es cierto.

CRIST.

Y además, ¿quién es Gonzalo?

GAB.

¡Pues!... *(Bien hecho está lo hecho.)*

Usted se arrepentirá.

CRIST.

¿Yo? No los compro ni al peso.

ESCENA VI.

D. GABRIEL, D. CRISTÓBAL, GONZALO, VICTOR.

VIC. ¡Hola!
 CRIST. Adios, caballero. (Saludando.)
 GAB. Mira, me voy. (A Gonzalo.)
 GON. Pero?...
 GAB. Vuelvo.
 Adios, señor don Cristóbal.
 Adios, Victor. Hasta luego.
 ¡Animo! Feliz serás. (A Gonzalo.)
 GON. ¿Qué es lo que está usted diciendo?
 GAB. Que este mundo es una bola,
 (y el que desespera un necio.) (Marchándose.)
 GON. (Esperar... ¿Y en qué? ¡Imposible!
 Mas... no perdamos el tiempo.)
 (Gonzalo se va, llevándose el tintero y las cuartillas.)
 Voy á trabajar... Dispense
 usted si... (Marchándose.)
 CRIST. Es usted muy dueño.

ESCENA VII.

D. CRISTÓBAL, VICTOR.

VIC. Conque... (Han estado hablando aparte.)
 CRIST. Sí. Vamos al caso.
 He visto hace poco impreso
 el número de hoy.
 VIC. ¿Y qué?
 CRIST. Que ustedes me estan perdiendo.
 VIC. ¿Cómo?
 CRIST. Yo reduzco á números
 todas las cuestiones.
 VIC. Pero...
 CRIST. Sé muy bien que los periódicos
 necesitan tener crédito;
 que solo lo cobran, dando
 palos á diestro y siniestro...
 Pero eso cuesta muy caro,
 ergo no conviene hacerlo.
 VIC. Es que...
 CRIST. Nada. Es necesario
 ser un poco pasteleros.
 Las recogidas son cosa

que cuesta mucho...

Vic. Ya...
CRIST. Luego

el suscriptor no recibe
el número, y...

Vic. Si lo veo!
CRIST. Y se nos disgusta, y deja
la suscripción. Conque tonto.
Hoy nos hemos libertado
por milagro.

Vic. ¡Bah!
CRIST. Es tremendo
el artículo de entrada.
No vayamos á perdernos.

Vic. Fuera lástima. (Con malicia.)

CRIST. ¡Un periódico
que deja tanto dinero!

Vic. ¡Cómo!
CRIST. Ejem! ejem! (Qué torpe!)
Es decir, andando el tiempo...
Jem! jem! Vuelta con la tos.
Aquí sin duda entra viento.

(Yéndose hacia la puerta.)

Vic. ¡Yo cerraré! Pero al caso.
(Cierra la puerta de la derecha.)
(Hoy no ha de valerte el pecho.)

CRIST. Jem! jem! Que llaman. (Respiro.) (Llaman.)

Vic. ¿Quién?

Ros. (Dent.) Gente de paz.

Vic. Adentro.

CRIST. (¿Faldas? Me salvé.)

ESCENA VIII.

D. CRISTÓBAL, VICTOR, ROSARIO, ó poco CAROLINA.

Ros. Aunque ustedes
(Sin pasar del umbral.)
dispensen: ¿un caballero
que se llama don Gonzalo,
vive aquí?

CRIST. (Bien.)

Vic. Sí por cierto.

Ros. ¿Y está en casa?

Vic. En casa está.

(¿Gonzalo con trapicheos?)

Ros. Si usted quisiera avisarle...

- VIC. ¡No he de querer? Al momento.
 ROS. ¡Señorita!
 CAR. (Don Cristóbal!) (Llamando.)
 (Al salir trae cubierta la cara con el velo de la mantilla.)
 ¡Ah!
 VIC. (¡Dios!)
 CRIST. (Otra! bueno, bueno!...)
 VIC. Voy á avisar á Gonzalo.
 Tomen ustedes asiento.
 ROS. Estamos bien. Gracias.
 CAR. Gracias...
 VIC. (¿Me comprende usted?)
 (Después de mirar un momento á D. Cristóbal.)
 CRIST. Comprendo.
 Para dos perdices... dos.
 Está de sobra el tercero. (Indicándole la puerta.)
 VIC. Pues...
 CRIST. ¡Ya se arreglan ustedes!..
 VIC. ¡D. Cristóbal!..
 CRIST. Sí, lo entiendo.
 ¿Qué tales son?
 VIC. ¡Hombre! vamos.
 CRIST. ¡Oh! ¡Ya son ustedes buenos!
 (Frotándose las manos.)
 VIC. Bien, pero...
 CRIST. ¡Jem...! (Diera un ojo
 por ver á través del velo.)
 VIC. (¿Quiere usted marcharse?)
 CRIST. Sí.)
 Señoras... ¡jem...!
 (Parándose y mirándolas fijamente.)
 VIC. ¡Hombre!
 CRIST. El pecho...
 (Marchándose.)
 VIC. Dispensen ustedes si...
 Pero voy.
 CAR. Gracias. (¡Yo tiemblo!)
 VIC. (¡Qué voz! debe ser divina.
 Malditos sean los velos!) (Marchándose.)
- ESCENA IX.**
- CAROLINA, ROSARIO.
- CAR. Vámonos.
 ROS. ¿Qué dice usted?
 CAR. Me estoy muriendo de miedo.
 ¡Las miradas de aquel hombre!...
 ¡Qué imprudencia, santo cielo!
 Si nos habrá conocido!...

- ROS. ¡Conocer! Si es casi ciego.
 CAR. Se lo dirá á mi tutor.
 Es su amigo y... yo me muero.
 Vámonos.
- ROS. ¡Eh! poco á poco.
 Si en esto hay mal, ya está hecho.
- CAR. Mi tutor tiene la culpa.
 Sin su cuidado indiscreto,
 sin su prohibicion de verle,
 nunca me arrojára á esto.
- ROS. Pues ya se vé... Es fuerte cosa...
 CAR. Eso digo yo. ¿A qué efecto?...
 Y luego su hermano siempre
 hablando de él...
- ROS. ¡Pues!
 CAR. Y luego
 lo pinta con un carácter
 tan sublime... tan poético,
 y dice que es tan gallardo...
 ¡ay! ¡y me lee unos versos!...
 que... vamos... Era imposible
 vivir ya sin conocerlo.
 Será una imprudencia...
- ROS. ¡Qué!
- CAR. En los libros que leemos
 se halla de esto á cada paso.
- ROS. Yo ansiaba ya que algo nuevo
 me sucediese... Me tienen
 en tanto retraimiento...
- CAR. Y además... ¿á qué negarlo?
 Mas de una vez, y no miento,
 ha soñado usted con él.
 ¿Lo niega usted?
- ROS. No lo niego.
 El que don Gabriel me pinta
 es el hombre que yo sueño.
- CAR. Sabe usted que don Gabriel
 la tiene á usted mucho afecto,
 y que á mí se me figura...
 ¡Calla, calla!
- ROS. No es tan viejo.
 CAR. Me quiere como á una hija.
 ROS. ¡Sí! Cuando yo me lo pienso...
 Mas... con estas tonterías
 estamos perdiendo el tiempo.
 Escuche usted. Mientras viene,
 ¿quiere usted... que... olfateemos?...

CAR. ¡ La habitación de un poeta!
¡ Oh! qué desórden tan bello.
Qué dulce debe de ser
en tan humilde aposento,
vivir con...

ROS. Sí; pero vamos...

CAR. Tienes razon...

ROS. A ver esto...

(Tomando un libro en rústica de la cómoda, en la que
habrá un monton como de una edición completa. Caro-
lina lo abre á la ventura y lee.)

«Las sociedades caminan á pasos de gigante hácia su regeneracion. La filosofia...»

CAR. ¡ Qué fastidio!

ROS. Eso es muy tonto.

CAR. ¡ Filosofia!... ¡ Ay que miedo!

«HISTORIA DEL PORVENIR.» (Leyéndole el título.)

Esta es lectura de viejos. (Tirándolo.)

ROS. Mire usted, aquí hay manuscritos.

(Tomando unas cuartillas de la mesa en que apare-
cieron escribiendo Gonzalo y Victor.)

CAR. Dame.

ROS. Lea usted de recio.

CAR. «Si, la mujer es el término medio entre
el hombre y el ángel.» (Leyendo.)

¡ Qué bonito!

GON. Señorita... (Entrando.)

CAR. ¡ Ay!

(Cubriéndose con el velo y dejando las cuartillas.)

ROS. ¡ Qué guapo!

CAR. ¡ Caballero!...

ESCENA X.

CAROLINA, ROSARIO, GONZALO.

(Gonzalo aparece en la segunda puerta de la iz-
quierda con distinto traje, aunque siempre algo desali-
ñado. Trae puesta la levita que sacó Victor en las esce-
nas anteriores.)

ROS. (No olvide usted su papel.)

¡ Animo! (A Carolina, marchándose.)

CAR. (¡ Estoy aturdida!)

Usted extrañará sin duda

tan impensada visita.

GON. Debo confesar... (¡Qué voz!)
 CAR. (Tal cual don Gabriel lo pinta.)
 ROS. (Por si alguien llega, me voy
 al pasillo de vigía.

(A Carolina.)

CAR. (Bien.)

ESCENA XI.

CAROLINA, GONZALO.

CAR. En efecto... es estraña
 y tal vez... intempestiva...

GON. ¡Bah! ¡nada de eso! (¡Qué talle!)
 CAR. (¿Qué he de decir...? Se me olvida...)
 ¡Oh! ¡no me crea usted mala!

GON. Solo creeré, señorita,
 lo que usted quiera que crea.

CAR. (Si comprende...)

GON. Usted vacila.
 Está usted turbada.

CAR. ¡Yo!
 Tal vez... Es tan imprevista
 nuestra situación, que... vamos...
 Sí.

CAR. (¡Curiosidad maldita!)

GON. Seréense usted.

CAR. En fin.
 GON. (¡Oh! debe de ser divina.)

CAR. Quizás habrá usted leído
 lo que dicen estos días
 los periódicos, de cierta
 actriz...

GON. ¿Alude usted á Elisa
 de Guzman?

CAR. Sin duda alguna.

GON. Usted tiene ya noticias...

CAR. Sí. ¿Mas por qué habla usted de ella?
 Porque soy...

GON. ¿Quién?

CAR. Ella misma.

GON. ¡Usted! Tanto honor...

CAR. Con esto
 todo el misterio se explica.

No quisiera presentarme
 con obra ya conocida :
 necesito un drama nuevo

de esos que al actor inspiran:
usted escribirlos sabe;
pretende el que necesita;
hé aquí pues en dos palabras
la causa de mi venida.

(Si hay quien lo finja mejor
que venga, y mejor lo finja.)

GON. ¡Oh!... conqué... perdónese usted...
que no sepa lo que diga...

Honor tan inesperado...
Conqué... usted... la ilustre artista,
viene á mí... escritor oscuro...

CAR. De otro modo, no vendría.

¿Acepta usted?

GON. ¿Que si acepto?

¡Oh!... Con el alma y la vida.

CAR. Gracias. Entonces...

(Yéndose.)

GON. No, no,

no se irá usted, señorita,
sin dejarme que contemple
esas facciones divinas
que grabar quiero en mi alma;
que es alma que nunca olvida.
Ah!... no.

CAR.

GON.

Pues bien; es preciso
que el papel que quiero, diga:
yo no he oído á usted... y siendo
escrito para usted misma...

CAR.

GON.

CAR.

GON.

CAR.

Quiero una mujer poética.

Como usted.

No, no. Una artista...

Sí, como usted.

No, mas grande:
amante, sensible, altiva...

GON.

CAR.

Y hermosa!

A eso no me obligo.

Lo haría tan mal...

GON.

CAR.

GON.

(¡Divinal)

Sé adonde alcanzan mis fuerzas.

GON.

CAR.

Sin embargo, juraría

que no se juzga usted bien.

CAR.

Quién sabe?... Al fin una misma...

Quién, no me tiene por fea;

quién, dice que soy bonita;

quién... (¿Y por qué no ha de verme
si eso le causa alegría?)

Quién... Juzgue usted por sí mismo.

GON. ¡Ah!... *(Carolina se descubre con naturalidad.)*

ESCENA XII.

GONZALO, CAROLINA, ROSARIO.

(Rosario entra apresuradamente y cierra la puerta, quedándose junto á ella sujetando el picaporte. Carolina se dirige hacia ella.)

ROS. ¡Dios mio! Señorita!

CAR. Qué?

ROS. *(Que viene don Fernando.*

CAR. ¡Mi tutor!) Virgen María!

ROS. ¿Qué hacemos?

GON. Pero qué pasa?

CAR. Nada.

ROS. Y no hay otra salida... *(Llorando.)*

CAR. Va á vernos... *(Idem.)*

ROS. ¡Llaman!

CAR. ¡Dios mio!

No abra usted.

ROS. ¡Oh! aquí escondidas.

(Corriendo hacia la primera puerta de la izquierda.)

CAR. Pero...

ROS. No hay pero que valga.

CAR. Pronto ¡Ah! *(Se ocultan.)*

ROS. ¡Dios nos asista!

ESCENA XIII.

D. FERNANDO, GONZALO.

GON. ¿Qué es esto? Pero... *(Abriendo.)*

FER. ¡Acabáras! *(Con sequedad.)*

GON. Tio! usted... *(Con admiracion y gozo.)*

FER. Yo. Qué te admira? *(Con frialdad.)*

Tras lo que está sucediendo,

mi preseneia era precisa.

GON. ¡Oh! Conque al fin vuelvo á verle?

Deje usted que... *(Queriendo abrazarlo.)*

FER. Quita! quita! *(Rechazandolo.)*

No he venido á que me abracés

ni á derramar lagrimitas.

GON. Pero... *(¡siempre el mismo!)*

FER. Nada.

Deja esas zalamerías.

Vengo á impedir que te pierdas,
no por tí, por la familia;
y vengo irritado, y vengo
solo á evitar tu ruina.
¡Lo sé todo!

GON.

¡Todo!

FER.

(Mirando á la puerta de la izquierda.)
Sí.

Consecuencias de esta vida.
Desórden y francachelas,

(Gonzalo le oye absorto.)

juego, males compañías,
¿no es esto lo que vosotros
llamais bella poesía?

GON.

FER.

Está usted en un error.

GON.

FER.

Lo sé, lo sé. Conocida
me es la vida de poeta.

Pero...

Conmigo no finjas.

Vuestro elemento es la crápula,
los desórdenes, la orgía,
y vivir en los cafés

mas bien que en vuestras bahardillas,

y siempre en perpétua holganza

ó en vuestras luchas mezquinas:

nada exista que os refrene,

nada respeto os inspira.

GON.

FER.

Eso era allá en otros tiempos.

Sí... la juventud del día...

¡Qué juventud!... Pero... en fin,

no hablemos de tonterías.

Vengo á salvarte... y repito,

que no es por tí mi venida.

Quiero evitar el escándalo.

GON.

FER.

Mas...

Mi posición es crítica,

y con esto... sabe Dios

lo que de mí se diría.

Si te prendieran...

GON.

¡A mí!

FER.

Espíqueme usted.

Estoy de prisa.

GON.

FER.

Ya he dicho que lo sé todo.

Es que...

No mas niñerías.

Ven. Estar aquí mas tiempo

es una audacia inaudita,

digna solo de quien lleva
tu existencia corrompida.

GON.

¡Tío!

FER.

¡Gonzalo!

GAB.

Bien! bien!

¡Bello cuadro de familia!

ESCENA XIV.

D. GABRIEL, D. FERNANDO, GONZALO.

FER.

¡Gabriel!

GAB.

No, si está muy bien.

FER.

Le encuentro tan obcecado...

GAB.

Contente: es muy desgraciado.

Ven acá, hijo mio, ven.

FER.

(¡Así los pierden!)

GAB.

Valor!

Te espera la última prueba.

GON.

¿Alguna desdicha nueva?

GAB.

Sí.

GON.

Diga usted sin temor.

FER.

(Bah, bah! bah! Farsa completa.)

Despacha.

(A don Gabriel.)

GAB.

No tienes esto.

(A don Fernando, indignado, y señalando al corazón.)

GON.

Dice bien... mientras mas presto...

GAB.

Sí. Lee aquí, en la Gaceta. (Entregándosela.)

GON.

¡Oh!... ¿Queda mas que sufrir? (Leyendo.)

FER.

¿Qué ha visto?

GON.

No se concibe...

GAB.

La real orden que prohíbe
su *Historia del porvenir*.

¡Vamos! Animo!

FER.

Pero...

no sabia...?

GAB.

Nada.

FER.

¡Ya!

GON.

Todo contra mí.

GAB.

¡Bah! bah!

No todo; te vivo yo.

GON.

¡Ah!

GAB.

Vamos, no hay que perder
los momentos de esta suerte...
Tal vez vendrán á prenderte.

GON.

¿Qué importa?

FER.

Mucho á mi ver.

Sabiendo ya lo que pasa,
por Gabriel, vine á buscarte:
creo que no han de encontrarte
si yo te oculto en mi casa.

GON.

Gracias.

FER.

Todo se concilia.

GAB.

(¡Que miren y no comprendan!...)

FER.

(Evitemos que le prendan...)

por honor de la familia.)

GON.

Haber trabajado un año

día y noche sin cesar,

¡y por galardón llevar

tan terrible desengaño!

GAB.

Calma. Tu frente aun se niega

á dibujar una arruga;

no es el gamo, es la tortuga.

la que al fin mas pronto llega.

Quien ansie un puesto lograr

nunca prisa ha de tener,

que no es el mucho correr

la ciencia del caminar.

FER.

(¡Aspavientos!) No debemos

retardar...

GAB.

¿Te ha conmovido?

(Con ironía.)

FER.

Sí...

GAB.

Te lo creo.

GON.

¡Perdido!

GAB.

Lo que es eso... ya veremos.

ESCENA XV.

D. GABRIEL, D. FERNANDO, GONZALO, D. CRISTÓBAL, VICTOR.

GAB.

Pero... Víctor!

(Llamando.)

CRIST.

(¡Bien! Tan quieta

la gente... Lo presumí.)

(En la puerta.)

GAB.

Debes decirselo.

(Señalando á Víctor en el momento en que sale.)

GON.

Sí.

CRIST.

(Si aun no han visto la Gaceta...)

Señores...

FER.

¡Oh! ¿Usted acá?

GAB.

¿Tan pronto?

CRIST.

Por hacer hora...

(Si me los venden ahora...)

hago un negocio, ¡que ya!

- Oiga usted. He reflexionado sobre aquello... y puede qué...
- GAB. (Tonto!) ¿Conque sí?... ¿Vea usted!
- CRIST. Si el precio es muy arreglado...
- GAB. Sí? Hombre... Un libro tan malo, sin rasgos, sin interés, sin nada, que nada es, y firmado por Gonzalo!...
- CRIST. Eso dije sin leer...
- GAB. ¿Necesita usted tal cosa? La práctica...
- CRIST. Es engañosa.
- GAB. Usted se quiere perder.
- CRIST. Deme usted un *ego te absolvo*; habré errado: he sido un necio.
- GAB. Conque... ea! el último precio. ¡Jem! ¡jem! ¿Quiere usted un polvo? *(Ofreciendoselo.)*
- CRIST. (Llegué tarde. A haber sabido...)
- GAB. Sería engañarlo á usted: lo han prohibido... y...
- CRIST. (¡É, jé, jé! *(Tosiendo.)* aquí estoy ya conocido.)
(Victor y Gonzalo habrán estado hablando aparte. Don Fernando paseándose con impaciencia.)
- VIC. ¡Es una infamia! *(A Gonzalo.)*
- GON. No se halla nada en él que se deslice...
- FER. ¡Gonzalo! *(Impaciente.)*
- GAB. (Eso no se dice: hazte la víctima y calla.)
(Aparte con rapidez á Gonzalo.)
- CRIST. Siento mucho... *(A Gonzalo.)*
- GON. La justicia defendí en él con vigor.
- GAB. (Así.) *(A Gonzalo.)*
- CRIST. ¡Qué libro!
- GAB. Valor!
- CRIST. Lo leo con tal delicia... *(Haciendo estremos.)*
- FER. ¿Vámonos? *(Marchándose impaciente.)*
- GON. Sí: pero...
(Mirando á la puerta de la izquierda.)
- GAB. Yo me quedo aquí.
- VIC. (¿De qué modo *(A Gonzalo.)* saldrán?)
- GAB. Cuidaré de todo. *(Llegándose á ellos.)*

- GON. Es que...
- GAB. De todo.
(Mirando á la puerta izquierda.)
- GON. Usted! oh!
- Vamos pues.
- GAB. (La he visto entrar.) (A Gonzalo.)
(Viendo aparecer de nuevo á don Fernando en la
puerta de la derecha.)
- Adios. Vá con él. (A Victor.)
- VIC. GON. Adios. (Marchándose.)
- CRIST. Conque, hombre... aquí entre los dos...
si usted se puede arreglar...
- GAB. Lo prohibido...
- CRIST. Estoy al cabo.
- GAB. Yo no.
- CRIST. Sí...! Ya es usted tonto!
- Ya...
- GAB. Se vende caro y... pronto.
Nos veremos.
(Dándole una palmada en el hombro.)
- CRIST. ¡Bravo!
- (Saluda y se va frotándose las manos.)
- GAB. ¡Bravo! (Satisfecho.)

ESCENA XVI.

D. GABRIEL.

(Se pasea gozoso y dice con tono ligero.)

Hay mil flaquezas humanas
que el mundo tal vez no nota,
mas que con provecho explota
el hombre que peina canas.
Desde que humanos ha habido,
desde los tiempos de Adán,
existe el ardiente afán
de anhelar lo prohibido.
Con análisis profundo
he estudiado esa tendencia,
y... en ella encontré la ciencia
de los hombres y del mundo.
Nada era Gonzalo, cuando
su libro hice prohibir:
hoy lo que quiera pedir
le darán por él. Fernando
le viene á buscar también,
de graves temores lleno...

Pues señor, el mundo es bueno... (Transición.)
si se le conduce bien.

ESCENA XVII.

D. GABRIEL, CAROLINA, ROSARIO.

GAB. Carolina!... (Llamando.)
CAR. Ay! usted aquí? (Sorprendida.)
No me riña usted, por Dios
no me riña usted... Las dos
salimos á misa, y...
ROS. ¿Y cómo...
GAB. Calle usted! (A Rosario.)
CAR. Ah!...
Como está usted siempre hablando
de él... y como don Fernando
siempre diciéndome está
que si vá no le reciba;
como al fin una es mujer,
y en nosotras suele ser
la curiosidad tan viva...
de no ser notada cierta,
sin temer ningun reproche
dejérme en la iglesia el coche
y salí por la otra puerta.
Pese usted bien mi disculpa;
nunca en Gonzalo pensé
hasta... No me riña usted, (Rompiendo á llorar.)
que ustedes tienen la culpa.
ROS. Pues... como...
GAB. ¡Calle usted!
ROS. Bien,
mas...
GAB. ¡Chitón!
ROS. Voy al decir...
CAR. ¿Conque me va usted á reñir?
(Acariciando á D. Gabriel.)
Tendré ese pesar tambien.
GAB. ¿Yo enojarte?... ¿Yo... y podría?...
CAR. Recuerde usted mi cariño.
GAB. ¡Pero si yo no te riño!...
(Con las lágrimas en los ojos.)
¿No sé reñirte, hija mía!...
ROS. (Vamos...)
GAB. Si yo á ti...
CAR. ¿Qué escucho?

- GAB. Si yo no sabré decirte nada que pueda afligirte!...
Si siempre te quiero mucho!
Si... (Pero no, no; qué he dicho?)
Señorita, señorita,
esta imprudente visita,
esto singular capricho
es muy reprehensible.
- CAR. ¡Oh!
- GAB. ¿Qué dice usted?
Si viniera
la justicia aquí, y la vicra...
¡Su honor de usted... No, no, no!
Esto no puede pasar.
- CAR. Cómo! ¿la justicia aquí?...
¿Habla usted de veras?
- GAB. Si. . . (Sobresaltado.)
Deben venirle á buscar.
- CAR. ¿A quién?
- GAB. A Gonzalo.
- CAR. A él!
- ROS. ¡Jesus!
- GAB. La razon les sobra:
le han prohibido esa obra
que es un ataque cruel
a la sociedad.
(A ver!...)
- ROS. ¡Dios santo!
- CAR. Él se ha escabullido...
Ah! conque...
Si.
(¡Prohibido!
- Si yo supiera leer!)
(Cogiendo el mismo libro que tiraron antes, y hojeán-
do'o á hurtadillas.)
- CAR. Conque en él no hay que pensar;
él loco... tu ama inocente...
te prohibo espresamente...
(Acariciándola y sonriéndose.)
Que le vuelvas á mirar.
- CAR. Bien...
- GAB. Vamos pronto, no sea
que vengan...
(Ay, no me atrevo!)
(Mirando hácia el sitio adonde tiró el libro, y ha-
blando aparte con Rosario, mientras don Gabriel la con-
templa estasiado.)

Ros. (Coge el libro. Ya lo llevo (A Rosario.)
 (Sacándolo de debajo de la mantilla y volviéndolo
 á ocultar.)

GAB. para que usted me lo lea.)
 Vamos. Tan corto deslíz
 (Viendo que Carolina vuelve á él.)
 ya olvidé; y... No llores.

CAR. Yo...

GAB. (Qué hermosa! Ah! pero no.
 El solo la hará feliz.)

(Carolina y Rosario se dirigen hácia la puerta: Don
 Gabriel al foro para tomar su sombrero. Cuando está de
 espaldas á ellas se limpia los ojos y dice ahogado en lá-
 grimas.)

A mi edad este cariño
 que sosegar no me deja!...
 ¡Pobre de mí! Tú eres vieja.
 Oh!... Sí... Pero tú eres niño!
 (Llevándose la mano de la cabeza al corazon. Vanse.)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

(... ..)
... ..
... ..

... ..
... ..
... ..

... ..
... ..
... ..

... ..
... ..
... ..

... ..
... ..
... ..

... ..
... ..
... ..

... ..
... ..
... ..

... ..
... ..
... ..

... ..
... ..
... ..

... ..
... ..
... ..

... ..
... ..
... ..

ACTO SEGUNDO.



Gabinete octógono en casa de D. Fernando. Hasta la mitad de la altura de la habitación, estantes de libros; sobre estos, retratos de familia.

Puerta al foro: á la derecha ventana y puerta: la ventana en primer término, la puerta en segundo: da al jardín, al que se baja por una escalinata. A la izquierda chimenea y dos puertas. La ventana cubierta de enredaderas.

Mesa-escritorio junto á la ventana: cerca de la chimenea un velador y dos butacas. Sobre el velador infinidad de libros magníficamente encuadernados y dos jarrones de china. Todo el mayor lujo posible.

Al levantarse el telon D. Gabriel estará sentado junto á la mesa hojeando los periódicos, y Rosario cerca del velador, de pié: tiene el delantal lleno de flores, que va colocando en los jarrones.

ESCENA PRIMERA.

D. GABRIEL, ROSARIO.

GAB. ¿Qué haces? (Dejando de leer.)
ROS. Estoy adornando
la habitación.
GAB. Mucho cuidas
de Gonzalo.
ROS. ¡No que no!
GAB. No te he visto tan solícita.
ROS. Como que aquí nadie sabe
que está, á no ser la familia,
D. Cristóbal y D. Victor,

que vienen todos los días...
 Como que el pobre está oculto
 sin poder salir ni á misa...
 Vea usted... Por haber escrito
 unas cosas tan bonitas!
 ¡Hola! conque tú leiste...
 No señor, hablo de oídas...
 Yo no sé de letras.

GAB.
 ROS.

GAB.
 ROS.

Bien.
 Y esas cosas prohibidas,
 no son de las que me lee
 de noche la señorita.

GAB.
 ROS.

(Clavado!)
 Y dígame usted:
 ¿No es una gran picardía
 que al pobrecito señor,
 tan bueno, tan sin malicia...
 le quieran prender? Su libro
 tiene de malo ni pizca?

GAB.
 ROS.

Si...
 Pero hay tanto tunante!...
 ¡Ay!... si yo por solo un día
 fuera hombre...

GAB.

Ya lo creo!
 Pero con esto te olvidas...

(Señalándose las flores.)

ROS.

de...
 Tiene usted mil razones.
 Si me tardara, vendría
 don Fernando...

GAB.
 ROS.

Y qué?
 No quiere
 que entremos aquí. Manías!
 Es el señor map...

GAB.
 ROS.

Rosario!
 Perdone usted.

GAB.
 ROS.

(¡Oh!...)
 De prisa
 voy á acabar. Si viniese...
 Dice que la compañía
 del señorito Gonzalo
 es... ¿cómo dice?... ah! nociva!
 que los poetas son hombres
 que hacen daño con la vista;
 que la juventud está
 mas que nunca pervertida,
 y que si llegara á ver

aquí á doña Carolina
ó á mí... Jesús! Dios no quiera
que averigüe mis venidas!

GAB. Pero tú á pesar de todo...

ROS. ¡Hist! Esto no es cosa mía.

GAB. Ya!

ROS. No señor. Soy mandada,
y mandan que no lo diga...
Conque...

GAB. Sí. Pero esas flores...

ROS. Es verdad: voy en seguida.

GAB. (Lo quise... y los dos se aman.

¿Por qué siento esta agonía
al saberlo? Vamos... calma.
Seamos hombre.)

ROS. Cómo pinchan!

GAB. Te has lastimado?

ROS. Sí, un poco.

GAB. Toda rosa tiene espinas.

(Eran uno para el otro,
y las personas queridas
de mi alma!... Si son felices
poco me importa mi dicha.
Pero es fuerza que apesure
su union. No sé si tendria
fuerzas para... La amo tanto!
Prohibamos é irá de prisa.
Si hallára un inconveniente
de bulto... Sí, sí. Eso haria
que la llama se aumentase
y....) Rosario!...

ROS. Huy! Malditas!

(Dejando las flores.)

GAB. Rosario?...

ROS. Qué manda usted?

GAB. ¿Sabe doña Carolina
lo de don Cristóbal?

ROS. Qué?

GAB. Ese señor que visita
tanto á mi hermano, tan rico...
tan...

ROS. Con tanta tos! Da grima
el oirlo. Y qué hay?

GAB. ¿No sabes
que quiere á tu señorita,
y que ahora debe venir,
segun me ha dicho, á pedirla?

- ROS. Jesus! Jesus! Dios nos libre!...
- GAB. Ah! conque no lo sabías?
Pues cuenta que es un secreto.
Que no lo sepa ella misma.
- ROS. Descuide usted. ¡Ay Dios mio,
con la tos... con las tirillas...
con aquella facha!...
- GAB. ¿Y qué?
Pues se casarán. Descuida.
Es millonario, y mi hermano
se alegra...
- ROS. ¡Virgen María!
- GAB. Repito que es un secreto:
¿estás? Que nadie...
- ROS. Bonita
soy yo para ir á contar...
- GAB. Ya lo sé. Pero si chistas...
- ROS. ¡Oh! bien sabe usted que yo
no abro el pico ni hecha trizas.
- GAB. ¿Por qué guardas esas flores?
(Viendo un ramo que va formando.)
- ROS. ¡Ah! son para doña Luisa
la de ahí enfrente.
- GAB. No sé...
- ROS. Sí señor... una que es hija
de un señor de ringo rango.
Pues si es la mejor amiga
de la teñorita!
- GAB. Ya.
- ROS. Y se mandan florecitas
á cada instante... y se quieren...
- GAB. Bien. Conque aquello...
- ROS. Cosida.
(Haciendo ademán de coserse la boca.)

ESCENA II.

Dichos.—VICTOR.

- VIC. No está. Señor don Gabriel...
- GAB. Adios, Victor. Buenos dias.
¿Se viene á ver al recluso?
- VIC. Sí señor. Tambien creia
hallar aquí á don Cristóbal,
á quien hablar me precisa.
- ROS. Ah!... Conque usted tambien sabe
que hoy á doña Carolina

- viene á pedir?
- VIC. ¡Yo!
- GAB. ¡Rosario!
- ROS. Así guardas...
- ROS. No sabia...
- GAB. Como que dijo...
- ROS. Silencio!
- GAB. Es que...
- ROS. No mas.
- GAB. Una...
- ROS. ¡Chica!
- GAB. Al fin...
- GAB. Ya que esta imprudente cuenta lo que es todavia un secreto para todos, le exijo que á nadie diga...
- VIC. ¡Oh!... Descuide usted.
- GAB. Descuido.
- (Marcha á las mil maravillas.)
- VIC. ¡Ah! sobre todo á Gonzalo.
- CRIST. Bien.
- ROS. Señores... (En el foro á la derecha.)
- ROS. ¡Pobre niña!
- ROS. Voy á contárselo al punto, aunque después me despidan.
- (Váse por la puerta del jardin.)

ESCENA III.

D. GABRIEL, VICTOR, D. CRISTÓBAL.

- GAB. Victor le buscaba á usted.
- VIC. Les dejo pues...
- CRIST. No precisa.
- GAB. Bien. Pero... ¿Y esa segunda edicion? (No es mala viña!)
- VIC. En mi despacho le aguardo.
- CRIST. Cuando concluyan... No hay prisa.
- GAB. No, no. ¿Pero á qué esperar?...
- CRIST. Si ahora mismo se podria...
- GAB. Eso es cosa de un instante.
- CRIST. No hay mas que echar una firma, y...
- GAB. Sí, todo se andará.
- CRIST. Yo por usted lo decia.
- GAB. Ya lo sé: gracias. Parece que ansia usted mucho adquirirla?

CRIST. Jem! jem! hoy estoy fatal.

GAB. Sí. Sin duda vendería bien la primera.

CRIST. Jem! jem!

GAB. ¿Aprieta la tos?

CRIST. Maldita!...

GAB. Aliviarse... y hasta luego.

CRIST. (Este hombre me crucifica.)

(Vase don Gabriel por la segunda puerta de la izquierda.)

ESCENA IV.

VICTOR, D. CRISTÓBAL.

VIC. Usted dirá. Le he buscado según su aviso.

CRIST. Es verdad.

Pues al caso, y brevedad, que tango el tiempo tasado. He advertido con dolor, y cuenta que no es manía, que el periódica se enfria, que ha perdido aquel vigor... aquellas aspiraciones tan patrióticas, tan santas, que le daban tantas, tantas, tantísimas suscripciones.

VIC. ¿Qué quiere usted que le haga?

Yo por mí... (Ya da el quién vive!)

CRIST. Es que como usted lo escribe...

VIC. Es que como usted lo paga!

CRIST. Bien! bien!... pues por eso quiero salir de este compromiso.

VIC. No me dijo usted: «Es preciso ser un poco... pastelero?»

CRIST. (¡Maldita memoria!) Sí... Lo dije... así... entre nosotros...

Pero los tiempos son otros... y las circunstancias... y...

VIC. Nada, estoy en mi derecho.

¿Ha caído el gobierno?

CRIST. Ya!

Mas se dice que caerá.

VIC. Sí; pero del dicho al hecho...

CRIST. En fin...

VIC. Usted me previene que me vaya con cuidado.

- CRIST. Pastelerías á un lado,
y hablemos como conviene.
- VIC. Bien.
- CRIST. Los números primero
que nada... así no hay error.
¿Cuál periódico es mejor?
—El que deja mas dinero.
- VIC. Eso será para usted.
- CRIST. Para todos. Esta es buena!
Si aquí el que no come... cena.
- VIC. Señor don Cristóbal!
- CRIST. Eh!...
Usted es niño todavía.
Pero ya irá comprendiendo....
- VIC. Le advierto que no me vendo,
por si es que esa algaravía
va á parar en que ha vendido
su periódico al poder.
- CRIST. Pero hombre por Dios! Vender...?
Pues mire usted, no he caído...
Báh! báh! fuera un insensato.
Yo venderme? Yo! Y lo sacucho?
El género abunda mucho
y se paga muy barato.
Oiga usted. Nuestros mayores,
gentes de poco saber,
adulaban al poder,
á los grandes y señores.
Al principio... bien... vivían;
pero tanto en ello dieron,
que al fin los grandes creyeron
que todo lo merecían.
Y ya ve usted, de ese modo
no pensaban en pagar...
El gran arte de adular
se vió perdido del todo.
Pero unos tiempos traen otros,
y estos suelen ser mejores.
Pasaron nuestros mayores...
y aparecimos nosotros.
Gente lista y avisada,
¡eso sí! El mundo rodó,
y la sociedad quedó
á la moderna arreglada.
Ya nadie habló de adular
al poder... nadie quería
bajarse... y era que había

otra mina que explotar,
 El pueblo! Al mirarlo pobre,
 no vieron que era un tesoro,
 y que mas que poco oro
 vale muchísimo cobre.
 Nosotros sí. Ya hombres hechos,
 por la mano le tomamos,
 y animosos le gritamos:
 «Pueblo, tú tienes derechos!
 Rompe ese yugo importuno,
 ya es fuerza que libre andes,
 tú vales mas que los grandes,
 tú vales mas que ninguno.
 Tú serás lo que quisieres,
 no soportes mas cobcheos.»
 Y al mostrarle sus derechos .

(Con sonrisa maligna.)

no le hablemos de deberes.
 Ya se vé! como no estaba
 al incienso acostumbrado,
 el pobre pueblo, adulado,
 como un príncipe pagaba.
 Y así va el tiempo corriendo,
 y así va el mundo rodando,
 unos pagando... pagando....
 y otros comiendo... comiendo....

VIC. No; pero eso es un error;
 hay quien como yo defiende...

CAJST. Ese de balde se vende,
 y esa es la venta peor.

VIC. Y no vale la conciencia?...

CAJST. Ese dicho strafalario
 no está en nuestro Diccionario,
 ni es técnico en nuestra ciencia.
 Pero cansarle no quiero.
 Volvamos...

VIC. Sí, por favor.

CAJST. Cuál periódico es mejor?
 —El que deja mas dinero.

VIC. Adelante.

CAJST. Es necesario,
 y ustedes lo arreglarán,
 que de hoy mas, sea un volcan
 cada línea del diario.

VIC. Puede usted contar conmigo
 entre los que mas se arrojen.
 Pero como lo recogen...

- CRIST. Pues si por eso lo digo!
Seguir mas tiempo no quiero
una rutina engañosa.
Las recogidas, son cosa
que deja mucho dinero.
- VIC. No lo acierto á concebir.
- CRIST. Es cuestion muy delicada.
¿No le ha enseñado á usted nada
La historia del porvenir?
Ese escritor entusiasta
que hoy tanto se considera,
fué ayer redactor-tijera,
es decir, *papiro-plasta*.
- VIC. Y bien?
- CRIST. Y bien. Eso mismo
que estamos viendo pasar,
¿por qué no se ha de aplicar,
corregido, al periodismo?
Aplicar!...
- VIC. Pues está claro.
- CRIST. Creo que el ser recogido
está pronto conseguido.
- VIC. Ya; pero eso cuesta caro.
- CRIST. Al revés. Al pronto asusta
la idea... Mas... no señor,
ni tan solo un suscriptor
se queja... A todos les gusta.
Esta conducta es tan noble!...
Pero dirá usted, y se funda,
«habrá que tirar segunda
edicion, y el gasto es doble.»
Pues al revés. Oh! Si á pasto
las pudiera yo tomar!
Cada una me viene á aborrazar
casi la mitad del gasto.
Del número que se intenta
que recojan, no millares,
sino algunos ejemplares
se tiran, unos cuarenta.
Luego, con saña cruel,
á cargar con ellos vienen...
Todos lástima me tienen;
pero yo me ahorro el papel.
Bien sé que usted me dirá,
para matar mi alegría:
«¿Y la otra edicion?» Se haria...
Pero si es tan tarde ya!...

Y cuando, por compasión,
 á los pobres suscritores,
 que á ello son acreedores,
 demos segunda edicion,
 el número encabezad
 con: «Nuestro número ha sido,
 hace poco, recogido
 de orden de la autoridad.
 Dispensen nuestros lectores
 si no se reparte presto,
 más pierde la empresa en esto
 que los mismos suscritores.
 A pesar de lo que cuesta,
 segunda edicion hacemos.
 ¿Pero asegurar podremos
 que llegue á sus manos esta?
 Cumplida indemnizacion
 daremos que al mundo admire,
 cuando el poder no nos mire
 con tanta predileccion.»

Vic.

Sus intentos, aunque malos,
 por útiles los tolero.
 De hoy mas dará *El Noticiero*,
 no noticias, sino palos.
 Corriente. Muy bien.

CRIST.

Vic.

Ah! Hablando
 de estas cosas, me olvidé
 de su encargo. Tome usted.

(Dándole unos papeles.)

CRIST.

Ah! ya! lo de don Fernando.

(Se los guarda con mucho misterio.)

ESCENA V.

VICTOR, D. CRISTÓBAL, GONZALO.

Vic.

Gonzalo!

GON.

Adios. Don Cristóbal...?

Mi tío ha ido á consultarme
 sobre la venta, y le he dicho
 que con usted lo arreglase.

CRIST.

No quiero hacerla esperar.
 Conque...

Vic.

Adios.

CRIST.

Voy á buscarlo.

*(Si va á presidio... se venden
 ocho ó diez mil ejemplares.)*

ESCENA VI.

GONZALO, VICTOR.

(Los dos siguen con la vista á don Cristóbal hasta que desaparece.)

GON. Vamos. ¿Qué hay de nuevo?

VIC. Nada.

GON. Dí: no temas afectarme.

Mi causa se ha empeorado?

VIC. Ya no puedè empeorarse.

GON. Me condenan.

VIC. Es lo mismo.

GON. Cómo?

VIC. Piensan condenarte.

GON. Bien.

Por qué to pones triste?

GON. Quién? Yo triste? Es mi carácter.

VIC. Sí...

GON. Para que no me prendan,

buscar yo mismo la cárcel!

Bello porvenir!

VIC. Por qué?

Tú no pisabas la calle.

GON. Sí; pero la libertad...

VIC. No la aprovechabas antes.

GON. Es que entonces no queria
y ahora no puedo.

VIC. Contrás es.

En fin, ánimo y...

GON. Sí, ánimo.

Esto tiene que acabarse.

Seguir así es imposible:

mi vida, tú bien lo sabes,

es una historia de lágrimas

que toca á su desenlace.

Ay! qué pronto trascurrieron.

aquellos dias fugaces,

que en nuestra pobre buhardilla

víamos correr sin pesares.

VIC. Sí! Tristes... Casi sin pan...

No tienes por qué quejarte.

Has adquirido importancia;

se habla de tí en todas partes;

España entera te admira;

has remediado á tu madre

- y á mí... Sin contar con que
aquí vives á lo grande.
- GON. Mejor que en jaula dorada
canta el pájaro en sus árboles.
- VIC. De algun cautivo refieren
nuestros antiguos romances,
que una sultana le hizo
el cautiverio agradable.
- GON. La veo tan poco... Y mira,
mas que nada, eso me trae...
Si me olvidará... Ella sola,
sola ella y mi pobre madre;
pueden hacerme que crea
la existencia soportable.
Tú estas viendo lo que sufro:
sobre mí todos los males
van cayendo... Oh!... Sin ellas!...
Salir de este mundo es fácil.
- VIC. ¡Gonzalo!
- GON. Mas de una vez
vino esa idea á halagarme.
- VIC. ¡Por Dios! No me hables así.
- GON. La vida es un fuerte cable
compuesto de muchos hilos
que uno á uno se deshacen...
Solo dos quedan del mio.
Cuando uno de ellos me falte,
un soplo romperá el otro
y acabarán mis pesares.
Pero Carolina...
- VIC. Victor!
- GON. Si es que no quieres matarme...
Si me amas... si eres mi amigo,
no la mires... no la hables...
Cómo! celos... y de mí?
- VIC. Tenme lástima y compláceme.
- VIC. Bien; pero...
- GON. Te has ofendido?
No pensé...
- VIC. Qué disparate!
Voy á ver si algo averiguo
sobre tu causa.
- GON. Un instante.
- VIC. Entre tanto no sospeches
de quien como yo te ame.
Sospecha de don Cristóbal.
- GON. Qué dices?

VIC. Faltar me haces
á un secreto. Hoy venir debe
á pedirla.

GON. Tú lo sabes?...
VIC. Sí. (No mirarla... ¿y por qué?
Ridicula semejante!...)

(Al salir Victor se encuentra con D. Fernando. Le saluda, y D. Fernando le contesta con sequedad.)

VIC. Señor don Fernando...
FER. Adios!

ESCENA VI.

GONZALO, D. FERNANDO.

GON. Tío!
FER. Siempre que aquí entró
á tu lado me lo encuentro.
Siempre reunidos los dos.

GON. Victor...
FER. Joven excelente...

¡buena cabeza á mí mia!
Por lástima lo tenía
don Cristóbal de escribiente.

GON. Cómo?
FER. Vas á decir que él...
y tú, escribís... Bah! bah! bah!
No se me engaña á mí ya
como á mi hermano Gabriel.
Cuatro renglones cortados...
versitos... eso sí hareis...

GON. Mas vosotros qué entendais
de los negocios de estado?
Mi editor quizás... Presiento
que él le ha dicho...

FER. Aprende de él.
cómo escribe su papel!
Qué cabeza! qué talento!

GON. Sí...
FER. Bártala. Ya cualquiera
de vosotros eso haría!
Qué juventud la del día!
Si esto en mis tiempos se viera!
A ese joven, te prevengo
que encontrar no quiero aqui,
tengo una pupila, y...
demasiado que hacer tengo

contigo... temiendo verme
la justicia en casa. Hay quien
nunca me ha querido bien,
y eso bastara á perderme.
Gov. ¡Oh!

ESCENA VIII.

GONZALO, FERNANDO, ROSARIO.

(Rosario sale corriendo por el foro derecha riendo á
carcajadas; trae en la mano varios periódicos y cartas.)

Ros. ¡Já! já! já! (D. Fernando!)

Fer. ¿Qué busca usted?

Ros. Yo venia...

(Señalando á la habitación de don Gabriel.)

Fer. Estas risas...

Ros. Me reía...

Fer. Hable usted. Yo se lo mando.

Ros. Es que...

Fer. Vámonos!

Ros. Diré á usted:

don Cristóbal...

Fer. Lo que fuere.

Ros. Me han dicho que pedir quiero
á la señorita.

Fer. Y qué?

Gon. (¡Dios mío!)

Ros. Yo...

Fer. Quizá fuere

eso haria algun agravio?

Es maduro, rico, sabio...

Pues ella qué mas quisiera?

Gon. ¿Cómo?

Fer. No es ningun galán...

de esos... Mas, ¿qué hace usted aquí?

Ros. Nada... me voy...

Gon. (¡Ay de mí!)

Ros. (Qué señor tan raro y tan...) (Marchándose.)

Gon. Conque usted la casa! ¡Y con...

Fer. Hasta ahora nada me ha dicho,

y tal vez sea un capricho

de esa chica; una ilusión.

Gon. No, no; ¡es verdad!

Fer. ¡Ojalá!

Pero él viene. Dejados.

Gon. Son tan distintos los dos,

- FER. que usted no consentirá...
 Cuando yo un camino tomo,
 no sufro que se me arguya.
 GON. (Esto es fuerza que concluya.
 El cómo... ¡Dios sabe cómo!) (Marchándose.)

ESCENA IX.

D. FERNANDO, D. CRISTÓBAL.

- CRIST. Hola!
 FER. Le esperaba á usted.
 CRIST. Tenemos que hablar despacio.
 FER. (¡Era cierto!) Cuanto guste.
 Sentémosos.
 CRIST. Aceptado.
 Su discurso de usted...
 (Dándole los papeles que tomó de Victor.)
 FER. Hombre! Le habré dado un rato...
 CRIST. No señor, si eso no es nada;
 si no me cuesta trabajo.
 FER. Cómo podré yo pagar...
 CRIST. Con que agrade en el Senado,
 y con que aplaudan á usted,
 estoy satisfecho.
 FER. Vamos...
 que yo sé que usted aspira
 á otro premio.
 CRIST. Ni pensarlo.
 Apréndaselo usted bien.
 FER. Mucho costará: es tan largo...
 CRIST. El último que le hice
 estuvo muy bien parlado.
 Tiene usted una gran memoria!
 Yo hablaría en el diario
 de usted con toda mi alma;
 ¡pero eso sale tan caro!
 FER. ¿Cómo?
 CRIST. Si me lo recogen...
 Usted es tan incendiario...
 Y una recogida es cosa
 que me cuesta tanto... tanto!
 FER. Eso corre de mi cuenta.
 CRIST. (Pues señor, vamos pescando.)
 Hombre, no, no!
 FER. Usted me ofende.

- CRIST. Entonces, acepto.
 FER. Al grano.
 CRIST. A ver! Déme usted el discurso... (Tomándolo.)
 Tal vez no estará muy claro.
 El chico que lo escribió...
 ¡jem! ¡jem! que me lo ha copiado,
 tiene una letra tan...
 FER. Bah!
 Ya entiendo esos garrapatos.
 Conque vamos al asunto.
 CRIST. Como á usted le plazca. Vamos.
 FER. ¿No tiene usted que decirme
 nada? (Después de una pausa.)
 CRIST. Yo? Estoy aguardando.
 FER. (Quiere que le abra camino.)
 Hable usted ya sin cuidado.
 CRIST. Pero qué he de hablar?
 FER. Pues hombre,
 así podemos estaros.
 Lo sé todo.
 (Rosario sale de la segunda habitación de la izquierda
 y se dirige de puntillas hacia el foro, después de mirar á
 D. Cristóbal y hacer un gesto.)
 CRIST. Todo!
 FER. Sí.
 Y lo apruebo y me es muy grato.
 CRIST. Bien. Mas si usted no se explica...
 FER. Teme usted aun declararlo?
 CRIST. No, no. Es que no entiendo jota...
 FER. De las frases de estos casos...?
 No importa. Ya lo he entendido.
 CRIST. Pero...
 GAB. Timidez á un lado.
 Se la doy á usted.
 CRIST. * Tantísimas...
 (En el tomar no hay engaño.)
 (Después de encogerse de hombros y de mirar fijamente
 á D. Fernando.)
 GAB. Hola! Aun está usted aquí?
 CRIST. Me marchaba...
 GAB. Adios, Fernando.
 FER. Adios.
 GAB. Tenia que hablarte...
 CRIST. Yo ya he dicho que me marchó.
 Volveré.
 GAB. Adios.
 FER. Hasta luego.

CRIST. (Qué será lo que me ha dado?)

ESCENA X.

D. GABRIEL, FERNANDO.

GAB. Ay! (Apoyándose en un sillón.)

FER. Qué tienes? Estás malo?

GAB. No sé qué pasa por mí.

FER. Pero qué sucede... dí?

GAB. Que han condenado á Gonzalo!

FER. Cómo? Gran Dios!

GAB. Su pesar
partes, hermano, conmigo?
Qué injusto he sido contigo!
No me debes perdonar.

FER. Pero... espílicate...

GAB. Imbuido
en un plan que me ha fallado,
yo su mal he procurado,
yo, insensato, le he perdido.
Su libro hice denunciar
porque importancia adquiriera,
y así fué... Mas quién creyera
que le iban á condenar!

FER. Oh! no, no; pues si eso pasa,
tomar un rumbo es preciso...
Yo no acepto el compromiso
de tenerlo oculto en casa.
Condenado! No, no.

GAB. Ah!

Eres siempre el mismo.

FER. Sí!

Mira cómo me vá á mí;
mira á tí cómo te vá.

GAB. A mí?... Ah...! Llegará un día
en que los remordimientos
amargarán los momentos
postreros de tu agonía...
Jóven apenas, tu ciencia
se cifró en atesorar,
y así sigues, sin pensar
que existe una Providencia.
Pronto oirás tu hora fatal;
tu vida pende de un hilo...
y no morirás tranquilo,
porque has hecho mucho mal.

Vivir de placeres lleno,
 con laureles, con amor,
 con riquezas... Si señor!
 todo eso es bueno, muy bueno...
 Mas cuando la senectud
 viene con sus desengaños;
 cuando terribles los años
 nos llevan al ataud;
 entonces, adios honores...
 adios falsos tropieles,
 adios mentidos laureles,
 adios riquezas y amores.
 El alma sufre abatida
 por desengaño profundo,
 y todo el oro del mundo
 no da un minuto de vida.
 No hay quien prolongarla pueda;
 solo se goza una vez.
 Y entonces, en la vejez,
 qué nos queda?

FER.

GAR.

Qué nos queda?
 Amor, ilusiones, gloria,
 al joven no sobreviven;
 pero los recuerdos viven
 para el viejo en la memoria.
 Los hay que oprimen el pecho;
 que el corazón nos maltratan;
 que el sueño quitan; que matan...
 son los del mal que hemos hecho.
 Oh!... pero los hay tambien,
 que de dulcísima calma
 henchida dejan el alma;
 son los recuerdos del bien.
 Quedan dichas inefables
 que nunca el tiempo aniquila;
 una conciencia tranquila,
 unas canas venerables.
 Quien quiera en la senectud
 con los recuerdos gozar,
 que no se tenga que echar
 en cara su juventud.
 Bien, bien.

FER.

GAR.

Yo me satisfago
 en este trance fatal
 con pensar, que si es un mal,
 es el primero que hago.
 Mas tú...

- FER. Palabras acorta.
Mi designio he dicho ya.
- GAB. Si le echas, adónde irá?
- FER. Y eso á mí... qué es me importa?
- GAB. Ah!... Pues que lo quiere Dios,
y tu pecho no se humanta;
y eres tan... Nada... Mañana
saldremos de aquí los dos.
- FER. Bien.
- GAB. Bien. Así como así...
el mundo es ancho... aire y pan
en él no nos faltarán;
á mas... por no verte á tí...
- FER. Adios. *(Bruscamente.)*
- GAB. Adios. *(id.)*
- FER. Mira, yo... *(Volviendo.)*
no he dicho... *(Dulcificando la voz.)*
- GAB. Déjame ya.
- FER. Estás triste!...
- GAB. Triste? Bah!...
Estoy muy contento! Oh!
- (Al ver desaparecer á D. Fernando, dice; Oh! entre-
gándose á su dolor, apoyándose en un mueble.)*

ESCENA XI.

D. GABRIEL, CAROLINA.

*(Sale por la puerta que da al jardín. Momentos antes
la habrá entreabierto, y al ver á D. Fernando la cierra
rápidamente.)*

- CAR. Se fué ya?
- GAB. Estabas ahí?
(Que no conozca...)
- CAR. Creía
hallar á usted aquí, y venía
á hablarle... Pero le ví,
y como nos ha prohibido
que entremos...
- GAB. Bien le conoces.
- CAR. Pero ustedes daban voces.
Qué es lo que pasa? Han reñido?
- GAB. No.
- CAR. Yo tenía un tambor...
- GAB. Es natural.
- CAR. Ya lo creo.
- GAB. Sí, la emoción... el deseo

- de verle...
- CAR. Ay! no señor.
Hablándome usted prohibido...
- GAB. Por lo mismo. Es natural.
- CAR. No, no: yo...
- GAB. Fingis muy mal.
- CAR. Pues si usted lo ha conocido,
y sabe usted que le di
entero mi corazón,
téngame usted compasion,
no se burle usted de mí.
¡Por Dios! Si usted no me diera
el consuelo por que vengo,
no sé qué haría.. No tengo
en el mundo quien me quiera.
¡Carolina! Hija!
- GAB. ¡Por Dios!
- CAR. Dispon lo que mas te cuadre.
No tienes padre ni madre;
yo te querré por los dos.
Vamos. ¿Qué hay?
- GAB. ¡Qué ha de haber!
- CAR. Pero templá ese pesar.
¡Habla!
- GAB. Me quieren casar...
y eso... eso no puede ser.
- CAR. ¡Bah! No te apures. Si yo...
(¿Qué es lo que voy á decir?)
Yo lo lograré impedir.
- GAB. Ay! bien sabe usted que no.
- CAR. Pero... (Yo no sé qué hacer
si decirle...) Vamos, vamos,
verás cómo lo arreglamos.
Usted espera obtener...
Cuando te digo...
- GAB. ¡Qué cacucho!
- CAR. Todo en sus manos lo dejo.
Es usted...
- GAB. Un pobre viejo;
pero que te quiere mucho.

ESCENA XII.

D. GABRIEL, CAROLINA, ROSARIO.

- Ros. Señorita, ya ha salido
el señor. Va como malo. (Sale por el foro.)

- GAB. Mira. Vé y llama á Gonzalo. (A Rosario.)
(El secreto consabido
puedes ya contar.)
- ROS. Sí? bien!
(Voy en menos de un segundo
á decirlo á todo el mundo.
¡Ay! si ya no tengo á quién!)
(Vase por la primera puerta de la izquierda.)

ESCENA XIII.

D. GABRIEL, CAROLINA.

- GAB. Ea! cálmate un instante.
Él, que tanto lo desea,
es preciso que te vea
alegre, risueña, amante.
- CAR. Sí: lo estaré.
- GAB. El pobre anda
tan triste... tan circunspecto...
Vamos! que vea en tí afecto.
- CAR. Bueno, si usted me lo manda...
(Con gusmolería.)
- GAB. Qué obediente!

ESCENA XIV.

D. GABRIEL, CAROLINA, GONZALO.

- GON. Carolina!
- CAR. Gonzalo!
- GON. Estaba usted ahí?
- GAB. Me iba ya.
- CAR. Tan pronto!...
- GAB. Sí.
- CAR. Si usted tal vez imagina...
que su presencia...
- GAB. Qué! no.
Ah!... Qué memoria tan pobre!
Esta carta, con el sobre
á mí, te han traído. Yo
no he hecho nada mas que abrir...
Quiere usted callar...
Adios...
- GON. Vuelvo en seguida. (Gran Dios,
cómo les voy á decir...)
- GAB. (Oye. Con él un momento) (A Carolina.)

tengo que hablar... mas no hay prisa;
estás? al salir, avisa.

CAR.
GAB.

Bien...

(Me mata el sentimiento!)

(Vase por la segunda puerta de la izquierda.)

ESCENA XV.

CAROLINA, GONZALO.

CAR.
GON.

Qué tienes?

Nada, te vi

y dudaba de que fuera
tanta dicha verdadera.

CAR.
GON.

Siempre esa melancolía!

No es extraña á la verdad,
ni debe darte sorpresa...

Ya sobre el alma me pesa
esta horrible soledad.

CAR.

Oh!... si te entregas así
á la desesperación...

Busca alguna distracción.

Mira, mira: desde aquí,
como alivio á tus dolores,
nuestro jardín se viviza.

Todo en él respira vida!

Cuántas y cuán bellas flores!

GON.

Espeso de mí fortuna,
también desde aquí estoy viendo
árboles que van perdiendo
sus hojas una por una.

Seco viento los acosa
en sus revueltas mudanzas...

Así van mis esperanzas?

Ya no me queda una sola.

CAR.

Por qué dices eso?... Oh!...

Otras veces te creías
feliz cuando me veías...

Ese tiempo... ya pasó.

GON.

No, no, Carolina.

CAR.

Sí.

Cuando se siente esta llama

cerca de lo que se ama,

no se está, Gonzalo, así.

Pechos de amor puro nunca

rechazan las penas fieras.

Para quien quiere de veras.

todo lo demás es menor.
 No tendré yo algún dolor
 que me ocupe como á tí?
 Pues qué es lo que ves en mí?
 Amor y tan solo amor.

GON. Ah!... ¿al por eso no fuere,
 si ese amor no me alientara,
 contra mi estrella luchara
 y en este mundo estuviera?

CAR. Pues bien. Si ese sentimiento,
 como á mí te arrastra y lleva,
 ya es fuerza ponerle á prueba,
 porque ha llegado el momento.

GON. ¿Qué quieres decir?

CAR. ¿Te acuerdas
 de aquel día en que fui á verte
 tapada, sin conocerte?

GON. Que si me acordof?

CAR. ¿Y recuerdas
 cuánto amor te he prodigado
 desde entonces?

GON. Si lo vieran
 los ángeles, me lo hubieran
 desde su cielo envidiado.

CAR. Pues esa pobre mujer
 cuyo afecto en tanto tiempos,
 que nunca soñé mas bienes
 que hacerse de tí querer;
 esa que supo encontrar
 consuelo para tu llanto,
 esa que te quiere tanto,
 te la van á arrebatar.

GON. Lo sé, lo sé!

CAR. Y ese trueno
 toda tu esperanza ya?

GON. Ninguna me queda.

CAR. Ah!
 Tú no me has querido nunca!
 Carolina!

GON. Si me amaras,
 si como siento sintieras,
 tu suerte á mi suerte unieras
 y por ambos la arrostraras.

GON. Si una corona de rey
 sobre mi frente tuviera,
 á tus plantas la rindiera.
 Pobre y fuera de la ley,

no me uniré yo jamás
 á tí, rica y envidiable,
 con mi suerte miserable.
 CAR. No mas, Gonzalo, no mas.
 Te amé con el puro ardor
 de un pecho que no ha querido...
 Tú mi amor no has comprendido.
 Ya es humo todo ese amor.
 Para él, tan grande y profundo,
 conveniencias de un instante...
 ¿Qué importan á un pecho amante
 esas miserias del mundo?
 Nunca podreis comprender
 los que os bajais á la tierra,
 cuánto de sublime encierra
 el amor de una mujer.
 Nunca su cálido encanto,
 que acaso adorais de hinojos,
 penetrarán vuestros ojos...
 Sois muy poco para tanto!
 Mas...

GON.

CAR.

GON.

CAR.

GON.

CAR.

Fuí de tu afecto en pos.

¡Qué presto cayó esa venda!

Nada he dicho que te ofenda.

Nada existe entre los dos.

Adios. Ya no te veré;

ya no volverás á hablarme...

Mi tutor quiero casarme,

y yo... yo no me epondré.

Oh!... Calla, calla por Dios!

Sí, no esperes que lo sienta;

iré al altar muy contenta,

muy alegre... muy... Adios.

(Váse por la segunda puerta de la izquierda.)

ESCENA XVI.

GONZALO.

Carolina!... Pero no.

Es inútil; no me ama.

A este afán vida se llama?

Tras esto corremos?... Oh!

La última ilusión perdida,

el mal por do quier avanza.

Este adios á la esperanza

será un adios á la vida?

Puede ser. Si de ella salgo
 quizá acabe de sufrir...
 Sí... Tan joven y morir!...
 Será lástima! Aquí hay algo.

(Llevándose la mano á la frente.)

El mundo todo su encono
 ceba en mí con saña fiera,
 y hallo solo por do quiera
 llanto, tristeza, abandono.
 ¿Qué me queda? El cielo! El cielo
 que de cuanto amé me aparta!...
 Ah!... lo olvidaba. Esta carta
 tal vez encierra un consuelo.

«Hijo: he sabido por tu tío Fernando la vida desordenada que llevas: también me han hablado de ese libro que has escrito y que te han prohibido, porque en él atacas cuanto hay de santo sobre la tierra. ¿Te has propuesto matar á tu pobre madre, ó crees tal vez que son pocas las lágrimas que ha derramado en este mundo?»

Ay...! Todo estaba muy bien;
 yo lo hubiera soportado...
 Pero esto es ya demasiado!...
 Madre! madre! Tú también!
 Esa idea que cruzar

(Sacando del pupitre una caja.)

siento agradable y rierte
 por mi dolorida mente,
 pronto se va á realizar.
 Reposo y horas serenas...
 Sí, sí... Silencio profundo.

(Abriéndola.)

(Acariciando una pistola.)

Ven, ven con tus penas, mundo.
 Yo me río de tus penas.
 Sí, sí, no vacilo ya...
 de un lado este horrible infierno,
 del otro... reposo eterno...
 Yo quiero el reposo!

GAB.

Ah!

ESCENA XVII.

D. GABRIEL, GONZALO.

(D. Gabriel se presenta en la segunda puerta de la izquierda, en el momento en que Gonzalo amartilla la pistola, y se lanza á él; pero de pronto se detiene y avanza lentamente afectando tranquilidad.)

GON. (Dios mío!)

GAB.

¿Qué haces ahí *(Con voz apagada.)*

GON. tan triste y meditabundo?
Lloro el estar en un mundo
que no es, señor, para mí.
GAB. Que no es para ti? Y por qué?
Sabes lo que en él te espera?
GON. Ojalá no lo supiera!
GAB. Ah!... tú lo sabes?

Lo sé.

GON. Arranca del corazón
ese escepticismo amargo,
y no hagas al mundo un cargo
de tu desesperación.
GAB. Tal vez de hacerla cesar
medios no habrás arbitrado;
tal vez aun no has trabajado
lo que debes trabajar.
Es muy cierto que acá abajo
la injusticia es cosa vieja;
mas raras veces se deja
sin recompensa el trabajo.
Cuando hasta los cielos sube
opaca niebla que hiera,
y del sol los rayos vela
una nube y otra nube,
lucha su vivo arrebol
con las nieblas apiladas,
y al fin, las nubes rasgadas,
brilla en el oriente el sol.
GON. Y bien?

GAB. Si brillar mereces,
y sabes rasgar las nubes,
verás como al cielo subes.
GON. Lo he intentado muchas veces.
GAB. Has atravesado el mar
á remo con tu barquilla,
tocas la anhelada orilla,
¡y te cansas de remar!
Marinero que al acierto
la fé y constancia no adema,
ni en el mar tendrá fortuna
ni anclará nunca en el puerto.
GON. Fuerzas sobraósimas y bríos
ayer: valiente he luchado:
hoy, mi barca se ha estrellado
del mar contra los bagios.
Ya no espero: ¡neocio fui!
En mi existencia ignorada

GAB. ¿qué debo yo al mundo? Nada.
 Y qué te debe él a ti?
 Pretendes que te admirara,
 con afán loco é intenso,
 y que te rindiera incluso
 sólo por tu buena cara?
 Bravo! Me cansa en verdad
 escuchar de varios modos
 siempre en la boca de todos:
 «¡ El mundo! » «¡ La sociedad! »
 «¡ Si los hombres fueran otros! »
 Y en cualquier pesar profundo
 echamos la culpa al mundo...
 ¡ y la tenemos nosotros!

GON. Si es mía, mis ojos ven
 males que no se corrigen.
 Cortando el mal en su origen
 no padeceré.

GAB. Bien!... bien!
 También tu mente atrevida
 voló á remolca oscura,
 y te hizo creer que eras
 dueño de tu pobre vida?
 Creiste bien! Te concedes
 un derecho muy fundado.
 Es tuya... tú te la has dado...
 y tú quitártela puedes...
 Muy bien hecho me parece...
 ¿quién te lo puede evitar?
 Qué cuenta tienes que dar
 de lo que te pertenece?
 Es larga... la quieres corta...
 Haz lo que mejor te cuadre.
 El cielo... el mundo... tu madre...
 yo... bah! bah! y eso ¿qué importa?
 Insensata algarabía,
 que sin cuidado te deja.
 Tu madre!... la pobre vieja!...
 pse!... que llora!

GON. Madre mía!
 (Dejando caer la pistola.)

GAB. Pensar en eso no es justo
 si te produce algún mal...
 Claro está... lo principal
 es salirte con tu gusto!
 No has pensado así? No es cierto
 que comienzo á aliviarte?

Pero al pensar en matarte,
dime... ¿cómo no te has muerto?
¿Cómo has pensado con calma
en lo horrible de ese hecho?
Tan duro tienes el pecho?
Tan seca tienes el alma?

GON.

Mi vida, de desengaños
es una eterna agonía.

Que lloren un solo día...
yo he llorado muchos años.

GAB.

Oh!... no te detengo ya.
Concluye tu infame obra.

Sí, sí, la razón te sobra,
nadie te lo impedirá.

Mátale! Ya á conocerte
llegué... ya te he conocido.

Ya cual tú, estoy convencido
de que mereces la muerte.

El que necio se cansó
con la suerte de luchar

y sobre otros quiere echar
las penas que Dios le dió...

aquel que porque así cuadre
á su egoísmo absoluto,

no teme llenar de luto
á su vieja y pobre madre...

el egoísta profundo
que tan á sabiendas yerra,

está demás en la tierra!
debe echársele del mundo!

GON.

¡Gran Dios!

GAB.

No elevés tus preces
al Dios que airado te mira.

Toma la pistola y tira.

¡Mátate! Bien lo mereces.

GON.

¡Oh!

GAB.

No hay tribunal humano
que castigue tu malicia,

y el crimen pide justicia...

Hazla por tu propia mano.

¡Tiembblas! El dolor embarga
ese corazón de roca

al escuchar de mi boca

la verdad seca y amarga...

Con razón muy suficiente

pasa por cosa sabida

que es un cobarde el suicida.

GON. El suicida... ¡es un valiente!
 GAB. Ni aun el que mas le denigre
 dudar tal cosa debió,
 porque... ¡A quién se le ocurrió
 tachar de cobarde al tigre?
 ¡Tigre, sí! Solo este nombre
 horrible le puedo dar.
 Quien goza en hacer llorar,
 no tiene entrañas de hombre!
 ¿Quién?... ¿Quién en tanta querrela
 decir puede sin error:
 «Yo muero como una flor...
 mi vida no deja huella?»
 ¿Quién clamará sin mentir
 en ese instante postrero:
 «Solo viví... solo muero...
 ¿a nadie doy que sentir?»
 ¿Quién, cuando infame sucumba
 á esa tentacion, dirá:
 «Nadie á derramar vendrá
 una lágrima en mi tumba?»
 Ninguno! Mentira! En tanto
 que así el hombre juzga y yerra,
 no hay un sepulcro en la tierra
 que no se riegue con llanto.
 Oh!... Solo en esto al pensar
 ya de mis ojos se exhala...
 La humanidad no es tan mala
 como la quieren pintar!
 Perdon!

GON. A mis brazos ven!

GAB. Ay!

GON. Tu espíritu serena.

GAB. Yo sucumbiré de pena...

GON. pero... ¡luchando! (Sumamente conmovido.)

GAB. Hijo, bien!

GON. Si, quiero antes de exhalar
 alegre el postrer aliento,
 tener siquiera un momento
 en que pueda respirar.

Quiero para mi consuelo,
 si es que lo hay ya para mí,
 ver la casa en que nací,
 tender la vista á aquel cielo,
 y lanzar mi último adios
 á la tumba de mi padre...
 y dar un beso... ¡a mi madre!...

GAB. y morir... ¡creyendo en Dios!
 Bien! Así te quiero, así.
 Animoso y denodado.
 Há poco te han condenado;
 hoy nos arrojan de aquí ..
 Qué importa!.. Pena ninguna
 rinde mi valor secundo.
 Vámonos por ese mundo.
 GON. Sí.

GAB. Dios nos dará fortuna.
 Ningun pesar aniquila
 al que lo arrostra de lleno
 con el corazón sereno,
 con la conciencia tranquila.
 invoca ese santo nombre
 como humillado lo invoco.
 Quien á Dios no ve, es un loco;
 quien no tiene fé, no es hombre.

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

Decoracion del acto segundo.

ESCENA PRIMERA.

CAROLINA, ROSARIO.

(Rosario aparece en escena: Carolina, entreabriendo la puerta del foro, registra la habitacion con una mirada, y baja de puntillas hasta donde está Rosario)

CAR. Cómo está?

ROS. Mejor.

CAR. Ay! gracias

á Dios! Apenas lo creo.

ROS. Ya se ha levantado.

CAR. Sí?

ROS. Dentro de poco, tan bueno.

CAR. De veras? Estoy tan... Vamos.

Esto me parece un sueño...

un... Como he sufrido tanto!

Mira: si él hubiese muerto...

yo no sé... me vuelvo loca,

ó de la pena me muero.

ROS. Y con razon! Mire usted,

ir á matarse de intento

por su amor de usted!

CAR. Dios mio!

Tan jóven! Con tanto ingento!

ROS. Y tan guapo. ¡Ay! Quién tuviera

uno a-!!

CAR. Qué amor tan ciego!

ROS. Pues sana por un milagro.

CAR. Ya sé que al pronto creyeron

que tras de aquella emocion

era imposible el remedio.

- Yo tuve la culpa!
- Ros. Bah!
- No se apure usted por eso.
Ya está fuera de peligro...
Lo malo, según el médico,
es que no pueda marcharse
á su país al momento.
Como que tiene que estar
escondido y como preso!
- CAR. Oh!... no, yo sabré impedirlo.
Ros. Usted!
- CAR. Yo.
- Ros. Cómo?
- CAR. Muy presto
lo verá. Sí... Estoy resuelta.
Vamos á salir. (Con resolución.)
- Ros. Bien; pero...
- CAR. Sin que lo sepan.
- Ros. Jesús!
- Aventurita tenemos?
Recuerde usted cuántos sustos
nos costó la otra. Aun tiemblo!...
- CAR. Nada me disuade.
- Ros. Mas...
- CAR. Si se enteran...
Nada temo.
Sé que puedo serle útil...
Poco me importa á qué precio.
Hace usted bien.
- Ros. Le amo tanto!
- CAR. Desde que ha caído enfermo
está tan interesante,
tan pálido, tan... Y eso
le da un tinte melancólico,
un no sé qué de poético...
Mira de un modo tan triste,
habla con un desaliento,
que... yo no sé cómo ha sido,
pero mas que á mí le quiero.

ESCENA II.

CAROLINA, ROSARIO, VICTOR.

- Ros. Chist!
- Vic. (Ella!) (Viendo entrar á Victor.)
- CAR. Adios.
- Vic. Señorita...

ROS. (Vámonos?)
 CAR. Sí, sí: al momento.)
 VIC. Usted tan buena?
 CAR. Sí. Gracias.
 VIC. Y nuestro querido enfermo?
 ROS. Tan famoso.
 CAR. Ahora saldrá.
 VIC. Doy á usted mi...
 CAR. Lo agradezco.
 VIC. Pero... está usted triste.
 VIC. Yo!...

ESCENA III.

CAROLINA, ROSARIO, VICTOR, GONZALO.

CAR. Gonzalo!
 VIC. Cuánto celebro...
 (*Gonzalo da algunos pasos hácia Carolina; pero de pronto se detiene, le dirige una mirada severa, y se dirige á Victor: despues saluda á Carolina con mucha frialdad, y estrecha la mano á Victor con efusion.*)
 GON. Victor! Victor! Señorita...
 CAR. (Señorita!)
 VIC. Conque... bueno?
 GON. Sí.
 VIC. Bien.
 GON. No pensando en nada,
 dejando á un lado esos sueños
 que hacen sucumbir al hombre
 que farsa solo ve en ellos,
 se goza, y se vive, y se...
 CAR. (Bien merecido lo tengo!)
 GON. (Lo sientel) Amor, porvenir,
 gloria! Bah! Sueño, sueño!
 VIC. (Gonzalo! (Por lo bajo.)
 GON. Calla.) He soñado...
 ahora á la vida despierto.
 No mas amores que matan,
 no mas llanto... he sido un necio.
 Vida nueva.
 ROS. (Señorita! (Llorosa.)
 CAR. Calla!)
 VIC. (Gonzalo!
 GON. Silencio!)
 Alegría, y risa, y... nada:
 me he visto ya casi muerto;
 y pues Dios quiere que viva,

- gozar de la vida quiero!
No digo bien?
- CAR. Yo... (Dios mio!)
GON. ((Que no mire mis tormentos!))
La vida es hermosa, cuando
no la agitan mas deseos
que los placeres. Oh! si...
El mundo es bello, muy bello!
Piensa usted lo mismo?
- CAR. Yo...
(Oh!...) Serénate... Ese acceso
te puede hacer mal.
- GON. Mal? Bah!
Lo que aquí hace mal es... esto.
(Llevándose la mano al corazón con dolor. De pronto
cambia de tono, y dice con ligereza.)
No... no... eso no va conmigo,
porque yo aquí... nada tengo.
- ROS. Vamos. (Ahogada por el llanto.)
CAR. Sí. (Aunque no me quiera,
que sepa cuánto le quiero.)
Adios.
- GON. Se va usted... Tan pronto?...
CAR. Sí...
GON. Pues... adios. (Con mucha indiferencia.)
CAR. (Lo merezco.)
Oh!... logre yo libertarle
y... aunque me aborrezca luego.)
Adios.
- ROS. (Señorita!
CAR. Calla!
ROS. Pero...) (Rompiendo a llorar. Vanse.)
VIC. (Gonzale!
GON. Silencio!
VIC. No estás viendo lo que sufre?
GON. No ves... que me estoy muriendo?)

ESCENA IV.

GONZALO, VICTOR.

- VIC. Espílicate.
GON. No comprendes?
VIC. Francamente te confieso...
GON. La quiero... mas que á mi vida.
VIC. Y la tratas con despego?
GON. Es necesario que oculte

los terribles sufrimientos
que estoy pasando con este
mal correspondido afecto.
No quiero, no, que se goce,
cual se gozó en mi tormento:
no quiero que...

Vic.

¡Pobre niña!

¡Calla! ¿No has estado viendo
cómo asomaban las lágrimas
á sus ojos hechiceros?
Si cual yo la hubieses visto
cuando te hallabas enfermo,
con el tierno amor de un ángel
velar tu agitado sueño
y comprender tus miradas
y adivinar tus deseos...

GON.

Oh!... no mereces, Gonzalo,
amor tan grande y sincero.
Háblame así... ¿que lo crea?...
Amar, Victor, es el cielo;
no haber amado, es el limbo;
dejar de amar, el infierno.

Vic.

Dios mío!

GON.

Sí, háblame de ella.

Vic.

¿Quién no daría contento
cien vidas por ese amor
que tú miras con desprecio?

GON.

Victor!

Vic.

(Oh!...) Ves? Hasta yo
me exalto y... ¡já! ¡já! Parece
mas que tú el enamorado...
¡já! ¡já!... Hablaba con un fuego...

CRIST.

Caballeros! *(Presentándose en el foro.)*

Vic.

Don Cristóbal!

(Un punto mas... y me vendo.)

ESCENA V.

Dichos.—D. CRISTÓBAL.

CRIST.

Si interrumpo...

Vic.

Interrumpir!

CRIST.

Nunca quise causar pena.
Su salud de usted...?

GON.

Tan buena.

CRIST.

Quién tal pudiera decir!

GON.

Cómo!

Vic.

Sea todo por Dios!

- CRIST. Sea.
VIC. Su cara no sugura...
CRIST. Me lleva á la sepultura
esta maldecida tos.
VIC. Síf...
CRIST. Don Fernando, está en casa?
GON. No.
CRIST. Nada sale á derechas.
GON. ¿Por qué?
CRIST. Tal vez á estas fechas
ignoraré lo que pasa.
VIC. ¿Qué pasa?
CRIST. ¡Dios de Israel!
No hay para contarle espacio.
La crisis ruge en Palacio.
Y eso qué le importa á él?
GON. Puede ser su perdicion.
CRIST. Sí?
VIC. Pero de qué manera!
GON. Si el ministerio cayera...
CRIST. Pues no es de la oposicion?
VIC. En eso estriba el misterio.
GON. De entre las oposiciones
CRIST. surgen dos combinaciones
VIC. para un nuevo ministerio.
GON. En la una estan sus amigos,
CRIST. los que á su lado batallan:
VIC. en la otra solo se hallan
GON. sus mas fieros enemigos.
CRIST. Tal vez el poder se hunda
VIC. y venza nuestro partido...
GON. Pero todo se ha perdido
CRIST. si el triunfo es de la segunda.
VIC. Conque...?
GON. Fuera de perder
CRIST. sus empleos, sus honores,
VIC. juega intereses mayores.
GON. Tiene contratas...
VIC. Ohí...
GON. A ver!
VIC. Mas por qué tantas querellas
CRIST. si usted nada va perdiendo?
VIC. Pues no está usted conociendo
GON. que yo tengo parte en ellas?
VIC. Ya!
GON. Conque usted...
CRIST. Ejem! ejem!

Quiero decir, me intereso...

jem! (Soy un topo.)

VIC.

Pues eso...

CRIST.

Jem! jem!

GON.

Conque usted tambien...

CRIST.

Hombre, no. Era una figura...

Jem! jem! jem! Válgame Dios!

¡Cuando digo que esta tos

me lleva á la sepultura!

ESCENA VI.

GONZALO, VICTOR, D. CRISTÓBAL, D. GABRIEL.

GAB.

¡Hola!

CRIST.

Adios...

GAB.

Celebro hallarle.

CRIST.

Tengo que hablar con usted.

¿Sí? Cuánto me alegraré

si en algo puedo agradarle!

Mis deseos...

GAB.

Escelescentes.

VIC.

Lo sé ya... Por experiencia.

Tal vez esa conferencia

no deba tener oyentes.

GAB.

Spche!

GON.

Vámonos.

VIC.

Sí.

GAB.

Les ruego

que se queden si no hay prisa.

VIC.

Tambien hablar nos precisa.

GAB.

Entonces... callo.

GON.

Hasta luego.

GAB.

Oye...

(D. Gabriel y Gonzalo hablan aparte. D. Cristóbal algo apartado, da muestras de impaciencia. Victor espera en la puerta del foro.)

(Ya tan bueno estás.

De aquí nos han arrojado;

supuesto que has mejorado

aquí no estaremos mas.

GON.

¡Ay!

GAB.

Sientes partir?

GON.

No, no.

GAB.

El amor aquí te llama.

GON.

Carolina no me ama.

GAB.

Bien.) *(Le indica que puede marcharse.)*

(Para algo vivo yo.

Este... ya está. Carolina...
 Hoy nos echan á la calle.
 Hoy es fuerza que esto estalle.
 Pongamos fuego á la mina.)

ESCENA VII.

D. GABRIEL, D. CRISTÓBAL.

CRIST. Podemos empezar?... *(Impaciente.)*

GAB. Sí.
 Mas... no vaya usted á pensar,
 que vamos á ventilar
 nada de importancia aquí.

CRIST. Por mi parte... *(Esto vá malo.)*
 GAB. Me han dado la nueva ingrata,
 de que hay alguno que trata
 de denunciar á Gonzalo.

CRIST. Cómo?

GAB. Sí señor. Parece
 que gana con verlo preso.

CRIST. Mas, cómo puede ser eso?
(Su mirada me estremeca.)

GAB. Este es el motivo que
 me obliga á dar este paso.

CRIST. Sospechará usted acaso?
(Esto va peor.)

GAB. De usted?

Qué disparate!
(Bien vá.)

CRIST. Es que si acaso, me obligo...
 GAB. De usted, que es tan nuestro amigo,
 que nos quiere... tanto! Bah!

No señor. Se lo decía
 porque juntos trabajemos,
 y quien es averigüemos.

CRIST. Eso sí.

GAB. Ya lo sabía.
 Yo nunca he formado quejas
 de su amistad intachable.
 Mas volviendo al miserable...
 Tengo unas pistolas viejas
 que aun se conservan muy bien.
 Yo jamás he errado tiro,
 y si á mi lado le miro...
 Qué?

CRIST.

GAB.

CRIST.

Nada: le mato. *(Con mucha fruítidad.)*
 Ejem!

- GAB. (Yo haré que tu curro pares.)
Usted, en mi lugar puesto
lo haria.
- CRIST. Yo!... por supuesto.
(Adios diez mil ejemplares!)
Don Fernando espera, y yo,
como aguardándome está,
voy... (Ay señor, qué será...
Qué será lo que me dió?)
- GAB. Bien. Y la edicion, qué tal?
se vá al cabo despatchando?
- CRIST. Van picando... van picando.
- GAB. No, no se presenta mal.
- GAB. Conque gusta? Ya se vé!
Si usted las obras pagara,
con todas eso lograra.
- CRIST. Sobre eso, le diré á usted.
Ese literario enjambre
en que fundo mi esperanza,
tiene una musa, la holganza,
y una inspiracion, el hambro.
Yo, que les tengo aficion,
por mucho que ellos me tiren,
para que mejor se inspiren
los pongo á media racion.
Ya ve usted que yerra en parte,
si es que yo no me equivoco.
Verdad que pago muy poco...
pero es por amor al arte.
- (Con refinada hipocresia.)
(Indignado.)
- GAB. Calle usted.
- CRIST. Así mantengo
á mas de algun pobre chico...
- GAB. Sí, sí; que le hace á usted rico.
(No sé cómo me contengo!)
- CRIST. Si á todo halla solucion!...
- GAB. Hipócritas inhumanos!
La juventud en sus manos
es un fragante limon.
De proteccion con la máscara,
sobre ella echais vuestro yugo.
Cuando exprimís bien el jugo,
arrojais lejos la cáscara.
- CRIST. Mas...
- GAB. A romper sus historias
llevásteis los pueblos ciegos,
è lucisteis despues talegos

con trozos de ejecutorias.
De dinero bien henchidos,
teneis, como hombres de ingenio,
á la juventud y al genio
con su peso comprimidos.
Y en ellos, sin remision,
su sangre cae esprimida,
cada gota convertida
en un hermoso doblon!!

CRIST. Nada: usted firme en su tema.

GAB. Y eso á usted le maravilla?

CRIST. (Este hombre es mi pesadilla.)

GAB. (Volvamos á mi sistema.)

Lo que en usted me ha extrañado,

(Despues de una pausa.)

visto su mucho talento,
es, que viéndose opulento
no piense en tomar estado.

CRIST. Yo! *Vade retro!*

GAB.

Bah! bah!

El hombre, por mas que quiera,
ansía una compañera;
porque el matrimonio da
el placer de los placeres;
el que huye menos veloz.

CRIST. ¡Calle usted! Esa es una voz
que hacen correr las mujeres.

GAB. ¡Bah! Nada se sacrifica

á esa dicha verdadera,
si al elegir compañera
se halla jóven, bella y rica.

CRIST. ¿Rica? (¿En que vendrá á parar?)

GAB. Yo lo consideraría
como un negocio... y lo haría.

CRIST. Sí, sí; vaya usted á buscar....

(¿Qué es esto?)

GAB.

(¡Al fin se clavó!)

CRIST. Conque dice usted que...

GAB.

Sí.

CRIST. Rica, y que me quiera á mí?

GAB.

Yo no veo por qué no...
su riqueza es bien notoria,
su honradez es proverbial...
no se conserva usted mal...
(Esto ya pica en historia.)

CRIST.

GAB.

Pero así le hago perder
su tiempo y...

- CRIST. No haya cuidado...
¡Perderlo estando á su lado!...
- GAB. Mas...
- CRIST. Nada tengo que hacer.
- GAB. ¡Bien!
- CRIST. Decia usted... (Con mucho interés.)
- GAB. En verdad
no recuerdo..
- CRIST. Usted me hablaba
del matrimonio, y pensaba...
- GAB. Sí, que está usted en edad...
- CRIST. No, no. Que no saltaría
una jóven rica que...
- GAB. ¡Ya! Que le quisiera á usted.
Es verdad. Eso decia.
- CRIST. Y usted cree?...
- GAB. Claro está...
¿Qué padres ó qué... tutor
no tendrán á mucho honor...
el darle...
- CRIST. Tutor!
- GAB. Pues ya!
Mas... le estoy cansando.
- CRIST. Qué!
- GAB. Su tiempo...
- CRIST. Qué disparate!
- GAB. Por si acaso, no dilate
el pedirla. Yo que usted,
me armaba de estoicismo,
y sin necia cobardía,
al tutor se la pedia
mañana, ó... tal vez hoy mismo.
- CRIST. Pues qué?
- GAB. ¿Qué jóven no tiene
inocentes amorcillos...
Nada, cosas de chiquillos.
Pero si usted se detiene...
- CRIST. Debo estar sobre la huella
del rival. Eh?
- GAB. Por supuesto.
- CRIST. Señor, pero á todo esto
quién es ella? quién es ella?
- GAB. Ella!
- CRIST. Calla usted? Creia
que algo iba ya comprendiendo...
- GAB. Lo que yo estaba diciendo
era pura teoría.

(Pausa.)

Pero siguiendo esta táctica,
usted, hombre tan profundo,
es lo mas fácil del mundo
verla reducida á práctica.
Una jóven siempre da
que hacer... Miré usted á Fernando
lo que está el pobre pasando...
Y eso que es pupila!

CRIST.

Ah!!

(Dándose una palmada en la frente como comprendiendo de un golpe.)

GAB.

(Bien, se alegró.)

CRIST.

(He aquí mi polo.

Las contratas... mal!... muy mal!

En esto gano un caudal.

Pensemos en esto solo.)

ESCENA VIII.

D. GABRIEL, D. CRISTÓBAL, D. FERNANDO.

(D. Cristóbal se queda pensativo, pero dando á entender el gozo que le produce el pensamiento de D. Gabriel. Este se pasea frotándose las manos y mirando de vez en cuando á D. Cristóbal con lástima y sonriéndose. D. Fernando aparece poco despues en el foro, y se lanza á D. Cristóbal lleno de inquietud.)

FER.

Don Cristóbal!

CRIST.

Eh?

FER.

Así

(Colérico.)

se puede us'é estar...

Es que...

CRIST.

FER.

Sí.

CRIST.

Con su hermano de usted

trataba un negocio, y...

FER.

Y yo entre tanto!...

GAB.

Te pones

de un modo. Si así te vieran...

Vamos!

FER.

Si todos tuvieran

aquí tus obligaciones!

Tus cuidados!... Oh! Es cruel.

GAB.

Hé ahí por qué soy dichoso,

porque vivo en el reposo;

en tanto que tú...

FER.

Gabriel!

Pero... Don Cristóbal! Vamos!

Qué pas!?... Yo muero hoy.

- CRIST. Ah! Ya! me hablaba usted... Voy, voy.
- FER. Medrados estamos!
Es usted insufrible!
- CRIST. Estaba...
- FER. Mas, qué pasa? El ministerio...
- CRIST. En peligro. El caso es serio.
Pero lo que yo pensaba...
- FER. Bien, bien. Hable usted volando.
Que salga de este temor.
- GAB. (Ya escampa!)
- CRIST. Sí, sí señor.
Lo que yo estaba pensando...
- FER. Oh!...
- CRIST. Con tal que á usted le cuadre,
nuestra amistad se afianza
por medio de una alianza.
Usted es casi su padre.
- FER. Pero si eso está arreglado!
si ya le he dicho que sí!
si se la di á usted...
- CRIST. A mí?
- FER. Pero por Dios, qué ha pasado?
- GAB. (De nuevo truena la nube.)
- CRIST. Usted a mí? Pero cuándo...?
- FER. Hombre, por favor!
- GAB. Fernando!
- FER. Pero quién sube? quién sube?
- CRIST. Mas cuando...
- FER. Mis enemigos?
- CRIST. Lo temo.
- FER. Todo lo pierdo!
- CRIST. El caso es que no recuerdo ..
- FER. No mas! (En el cólmo de la desesperacion.)
- GAB. Vamos, entre amigos ..
- FER. Perdido!
- GAB. No te acales.
- FER. Si han triunfado!...
- GAB. Qué bobada!
Al cabo todo ello es nada.
Qué te importan los honores?
- FER. Honores!
- CRIST. (Yo no comprendo...
Mas con tal que él lo comprenda!)
- FER. Los honores! y mi hacienda?
- GAB. Cómo?
- FER. Vayan volando corriendo

y averigüe... y...

CRIST.

Sí; pero...

FER.

Corra usted, ó tarde será.

(Quiere detenerse; pero D. Fernando lo lleva hasta el foro, y allí, despues de un momento de pausa en el que D. Fernando se impacienta, dice aparte.)

CRIST.

Voy, voy. Mas antes .. (Ah! ya!!

Pues eso es lo que me dió!)

ESCENA IX.

D. GABRIEL, D. FERNANDO.

FER.

Oh!... Ya han triunfado quizá!

Tal vez todo lo perdí.

(Dejándose caer en una butaca)

GAB.

Mira cómo me va á mi;

mira á tí... cómo te va.

FER.

Gabriel! Tú...

GAB.

Nadie desoye

á la verdad y á la fé!

(Apoyándose en el respaldo de la butaca.)

Dios desde el cielo nos ve,

Dios desde el cielo nos oye.

No tu desventura insulto

cuando á la verdad inmolo

mi amor hácia tí; es tan solo

que á la verdad rindo culto.

Mira... No te dice nada,

no me envidias en tu pena

esta sonrisa serena,

esta tranquila mirada?

Calla... ya decirte escucho:

«No te hirió el dolor á tí.»

Te engañas, Fernando, sí...

he sufrido y sufro mucho.

Mas no por seguir humanas

criminales ambiciones,

ni esas bastardas pasiones

que hacen indignas las canas.

Nunca su tirano empeño

me hizo verter triste floro;

jamás el afán del oro

quitó á mis ojos el sueño.

Lejos del fiero egoísmo

que tu alma tierna ha secado,

siempre en todos he pensado,

nunca he pensado en mí mismo.

El bien... me mostró este afán
que no es de los que se encumbran;
bien que tus ojos columbran,
pero que nunca verán.

Bien, del que la humana ciencia
no puede marchar en pos;
bien, que es uno como Dios:
¡La calma de la conciencia!

FER. Gabriel! .. *(En tono de súplica.)*

GAB. Tu fortuna acaba.

Vuelve en tí, vuelve: un abismo
abres á tus piés tú mismo.

FER. Esto solo me faltaba!

GAB. Oye: todo se concilia.

Aun puedes hallar reposo;
aun puedes ser muy dichoso.

Piensa solo en tu familia;
retírate de ese mundo
y sus cuidados prolijos.

Oh! sí, sí. No tienes hijos;
mas Dios, pródigo y fecundo,
te los da: con tierno afán

Gonzalo ama á Carolina:
cumple su pasión divina.

Ellos tus hijos serán;
y debiéndote su suerte,
si así por su bien te afanas,
ellos honrarán tus canas,
ellos llorarán tu muerte.

FER. Que se aman! Lo presumía.

Y tú nada me has contado! ..

Tú de evitar no has tratado!...

GAB. No, no. Yo los protegía.

Yo le traje aquí...

FER. Qué dices?

GAB. Esto hará mi vida corta,
me matará... Mas qué importa?
Sé que van á ser felices.

FER. Oh! no, tú no eres mi hermano!

Y mis continuos afanes?
y mi palabra! y mis planes!

GAB. Polvo, ceniza, humo vano.

FER. Esa unión que era tu anhelo,
no se hará, aunque en ello estribe...

Lo prohibo! *(Con energía.)*

GAB. Ah... Lo prohibe!

(Respirando con fuerza y radiante de gozo.)

¡Cuánto lo rogaba al cielo!
Se casarán!

(En el mismo tono que dijo don Fernando «Lo prohibo.»)

FER.

Nunca!

GAB.

Sí.

FER.

Su fortuna no se aviene.

Él, ¿qué tiene?

GAB.

¿Que qué tiene?

Cierto: nada para tí.

Él no posee riquezas,
ni honores... ni sueldos cobra...

le falta... lo que le sobra
á tantos *hombres-cabezas*

de nuestra generacion.

En cambio rebosa aliento,

juventud, vida, talento,

grandeza de corazón.

Lo que tú nunca tendrás

ni los tuyos... Sois muy chicos

á su lado... Sereis ricos...

Pero ricos nada mas!

FER.

Sí...

GAB.

Siempre del oro en pos

el alma matado habeis...

Ante Dios respondereis
de haber hecho al oro dios.

Del mundo para desdoro,

todo respeto olvidado,

altares habeis alzado

al nuevo becerro de oro.

Nuevos hombres brotarán

del mundo entero á los gritos,

que esos altares malditos

por tierra derribarán.

FER.

Gabriel!

GAB.

Entre vuestras manos

la sociedad se estremece;

su fin sublime perece...

Los hombres no son hermanos.

De ese fin, del mútuo amor,

no va quedando ni huella.

¿Qué cuenta vais á dar de ella

ante el trono del Señor?

FER.

Pues esa generacion

es la tuya, si es la mia.

GAB.

No, no, no! Yo todavía

soy jóven de corazón.

Jóven, si, siempre lo fui:
la edad contar no debemos
por el día en que nacemos;
la edad, Fernando, está aquí.

(Señalando al corazón.)

FER. Bien, bien. Vivamos los dos.
Gózate tu en tus desvarios...
y déjame con los míos.
Adios.

GAB. Que te ayude Dios.

ESCENA X.

D. GABRIEL.

Casi en todos esa edad
la misma doctrina esconde...
¿Adónde, Dios mío, adónde
camina la humanidad?

Ya cerca del atahud,
viendo la muerte que avanza,
solo queda una esperanza,
solo una, la juventud!
Esa juventud que á erguir
comienza la altiva frente:
esa juventud ardiente
de quien es lo porvenir.
Esa tiene mas virtud!
mas vida en el corazón...
Gastada generacion,
haz plaza á la juventud!
Llena de noble ansiedad
te empuja, y atrás te deja...
Plaza, si, sociedad vieja,
á la nueva sociedad!
Ya tu sangriento sarcasmo
de la boca no se escapa,
y es que esa boca te tapa
la fé nueva, el entusiasmo.
Ese te va á destronar,
y tal vez en el instante,
porque no grita ¡adelante!
adelanta sin gritar.
Y el orden y la razon
sustituye á tus errores,
y la fé de sus mayores,
y su santa religion...

Tu loca y fiera impiedad
 prosélitos no hace ahora...
 Tiembala!... Ya asoma la aurora
 de la nueva sociedad.
 La juventud se emancipa
 de esa tutela forzada,
 turba *matematizada*,
 generacion de *chiripa*.
 Toda diligencia es vana;
 ¡lo porvenir ha llegado!...
 Hoy concluye tu reinado...
 hoy no es hoy, hoy es ¡mañana!

.....
 Sí, sí, mis ojos lo ven;
 no es optimismo fatal.
 Dios siempre nos manda el mal
 como precursor del bien.
 De tantos males en medio
 batallando me encontré...
 y en el mismo mal hallé
 su mas cumplido remedio.
 Que está del bien tan ajeno
 este mundo en que vivimos,
 que si no lo prohibimos...
 jamás hará nada bueno.
 Sigamos, pues dí en el quid,
 remediando su quebranto...
 y entre tanto... y entre tanto...
 prohibid, hijos, ¡prohibid!

ESCENA XI.

D. GABRIEL, VICTOR.

VIC. Don Gabriel?

GAB. Ah!... Terminó
 la...? Pero ¿que ha sucedido?
 Tú vienes muy conmovido:
 ¿qué sucede?

(Sobresaltado.)

VIC. Nada... yo...

GAB. Mas ..

VIC. Deje todo cuidado.
 Un viajillo que hacer tengo...
 y de despedirme vengo...
 Esto nos habrá afectado....

GAB. Pero esa resolucion
 tan pronta, no se concilia...
 Es cosa de la familia?

Hay alguna desazon?

VIC. No señor.

GAB. Entonces, ¿qué...

VIC. Nada: un capricho.

GAB. Capricho?

No, no; verdad no me has dicho.

Qué pasa?

VIC. Créalo usted.

GAB. No, no; mientras mas te escucho
mas mi opinion se afianza.

VIC. Pues bien...

GAB. Habla sin tardanza.

Sabes que te quiero mucho.

VIC. Sí...

GAB. Franquéate conmigo.

VIC. Todo lo vá usted á saber.

Amo á la misma mujer

que ama mi mejor amigo.

Jamás en ella pensé:

él no hablaría me exigió...

no sé lo que en mí pasó,

mas desde entonces la amé.

Ya...!

GAB.

VIC.

Creí mi amor ahogar;
hoy he visto que no puedo...

Tengo á este cariño miedo,
y me he resuelto á marchar.

GAB.

VIC.

Bien! bien! • (Apretándote la mano.)

Espero que así,

aunque nunca olvidaré,

su dicha no turbaré.

GAB.

VIC.

Bien! Te comprendo!

Usted!

Si.

El que diga que no siente,
que nunca amó sabio y cuerdo,

que no tiene ni un recuerdo
de amor... ó no es hombre, ó miente.

A su ley nació sujeto

el que vive en mayor calma...

Allá en el fondo del alma

todos tienen su secreto.

Todos ceden al amor...

todo el que existe le siente...

Es el mas indiferente,

el que lo oculta mejor.

Nuestro mismo ser le ha dado

(Pausa.)

(Con dolor.)

ese inflexible derecho...
 Con la mano sobre el pecho,
 quién dice: «Jamás he amado,»
 sin que una palpitation,
 súbita y terrible y honda,
 á su blasfemia responda:
 «Aun vive tu corazon.»
 Es verdad!

Vic.
 GAB.

Larga es tu vida.
 En este revuelto mar
 la llegarás á olvidar...
 A mi edad nunca se olvida.
 Falta tiempo!

Vic.

Debe usted
 sufrir mucho.

GAB.

Si supieras!...
 Si tú comprender pudieras...
 Yo fui jóven y no amé.
 Mi patria fué la pasión,
 única que conocí...
 Viejo... cuando á ese ángel ví
 no pensé en mi corazon.
 Era niña! Yo la veía
 jugar sencilla á mi lado,
 y en su bien solo ocupado,
 como un padre la quería.
 Pura y hermosa, crecer
 mis ojos la contemplaron,
 y así los tiempos pasaron...
 y la niña fué mujer!
 Entonces ¡ay! conocí
 lo que lloro en este instante.
 El padre iba siendo amante.
 Muy tarde lo comprendí!
 Al verla jóven y hermosa
 me dije: «tu amor es vano:
 no eres tú, no, pobre anciano,
 quien puede hacerla dichosa.»
 Y sufriendo mi querella,
 y mis sollozos ahogando,
 por el mundo fui buscando
 un hombre digno de ella.
 Le encontré en fin, y á pesar
 de que al ver mi obra con calma
 se me desgarraba el alma
 é iba mi pecho á estallar,
 yo procuré que se vieran,

yo obstáculos les formé,
 que luego desbaraté
 para hacer que se quisieran:
 y como pensé, se amaron
 con afán grande y ardiente,
 y de ambos fui confidente
 y las penas no me ahogaron.
 Mis sacrificios cumplidos,
 terminado aquel intento,
 solo falta á mi tormento
 verlos para siempre unidos...
 Y hoy lo tengo de legar,
 y hoy me despido del bien...
 y hoy... hoy!... Victor... yo tambien
 necesito viajar.

(D. Gabriel dice las últimas palabras ahogando el llanto y estrechando la mano á Victor. Pausa. Tras un momento de silencio aparece Carolina en el foro: al verla lanzan los dos una exclamacion, se miran y bajan la cabeza. Carolina viene vestida de calle con mucha elegancia; entra muy alegre: al conocer el estado en que se hallan se acerca lentamente)

ESCENA XII.

D. GABRIEL, VICTOR, CAROLINA.

GAB. VIC. Ah!

GAB. (¡Fuerzas! (A Victor.)

VIC. ¡Fuerzas! (A don Gabriel.)

GAB. (¡Gran Dios!

CAR. ¿Qué sucede?

VIC. Nada.

GAB. Nada.

(¡Vete! (A Victor.)

VIC. Sí. (Suerte menguada?)

GAB. (¡Que te estás vendiendo?)

VIC. Adios.

GAB. (Pronto...

VIC. ¡Yo no vuelvo aquí!

GAB. ¡Nunca! Verla no debemos...

Te buscaré y partiremos
 mañana.

VIC. Bien... (Ay de mí!)

(D. Gabriel acompaña á Victor hasta la puerta del foro. Al desaparecer Victor, se dirige Carolina hacia él como queriendo preguntarle qué causa su emocion)

ESCENA XIII.

CAROLINA, D. GABRIEL.

- CAR. Mas...
- GAB. Tú has salido.
(Reparando en el traje de Carolina.)
- CAR. Si viera
usted el gozo que tengo...
Loca de contento vengo.
- GAB. Pues... ¿cómo?...
- CAR. Quién lo creyera!
Ya no vivirá penando...
¡Ya está en salvo!
- GAB. ¿En salvo?
- CAR. Si.
- GAB. ¡Y á mí me lo debe! ¡á mí!
¡Hija mia! ¿Cómo? cuándo?
¡Habla!
- CAR. He tocado un registro...
- GAB. Mas sepamos lo que pasa...
De dónde vienes?
- CAR. De casa...
- GAB. De quién?
- CAR. Del primer ministro.
- GAB. Tú!
- CAR. Nada habrá que le aflija.
- GAB. Pero le has visto?... però?...
- CAR. A quién? al ministro? No.
Buscaba solo á su hija.
- GAB. Ah! (Respirando con fuerza.)
- CAR. Luisa es tan buena y tan...
Era compañera mia
de colegio... Qué alegría
cuando me vió!... y cuánto afán
cuando le conté mi pena!...
Porque... Nada le he ocultado...
ni nuestro amor desgraciado
ni... Nada... nada! Es... tan buena!
Pero...
- GAB. Verá usted. Su padre
nunca le ha negado nada;
y... está tan interesada
por nosotros... Ah! su madre
también hablará al marido;
él las quiere... Oh!... de un modo...
Así es que mañana á todo

tirar está conseguido.

GAB. Ah! Mas tú no habrás contado
dónde está?

CAR. Yo? Sí señor.

GAB. Dios mío!

CAR. Hasta nuestro amor.

Si nada les he ocultado!...

GAB. Le has perdido!...

CAR. Cómo?

GAB. Sí.

Tú comprenderlo no puedes...

De esas casas, las paredes

oyen.

CAR. Perdido por mí!

GAB. No, quizás no será tarde;

si dilatan el venir

tendrá tiempo de partir...

CAR. Oh! mi cabeza se arde.

GAB. Todo remediarlo toca

á mi experiencia de viejo.

El viene: con él te dejo.

Adios.

CAR. Yo me vuelvo loca!

ESCENA XIV.

CAROLINA, GONZALO.

CAR. Gonzalo! (Triste de mí.)

GON. Carolina!—Señorita...

Qué tiene usted? Qué la agita?

CAR. No me hables por Dios así!

Ese traquilo exterior,

esa apariencia de olvido...

Perdóna si te he ofendido!...

Me está matando el dolor.

GON. Carolina!

CAR. Gracias. Ah!

GON. Tus ofensas no recuerdo.

CAR. Sí, recuerda... Yo te pierdo!

De mí tu mal partirá.

Yo te llevo á la prision...

Yo! que pensaba salvarte.

Huye! sí... tiemblo al mirarte.

No soy digna de perdón!

GON. Mas...

CAR. De mi estrella fatal,

Gonzalo, tu mal proviene.

- GON. Si por tu causa el mal viene,
que venga en buen hora el mal.
- CAR. Gracias.
- GON. Dicha mas cumplida
pedir no quiero á la suerte.
- CAR. Mi amor va á darte la muerte.
- GON. Tu amor es siempre mi vida.
- CAR. (Su desgracia no concibe.)
- GON. (A sí misma me prefiero.)
- CAR. (Alma mi, muere, muere!)
- GON. (Esperanza, vive, vive!)
- CAR. Calla, calla! Me aseolina
verte así cuando te pierdo.
- GON. Yo solo tu amor recuerdo.
- CAR. Ay Gonzalo!
- GON. Ay Carolina!
- CAR. Déjame volver en mí.
Creyendo haberte salvado
tu retiro he revelado.
Tal vez ya vienen por tí.
- GON. La muerte me fuera grata
no dudando de ese amor.
Tu cariño es una flor...
- CAR. Pero su perfume mata! (Interrumpiéndole.)
No le aspiras... huye... sí;
olvida que ausente muero;
no pienses cuánto te quiero...
Vete muy lejos de aquí!
Sí, merezco tus enojos;
tras nuevos amores vé,
que yo... ¡yo te lloraré
mientras que me queden ojos!
- GON. Esa abnegacion divina,
mas y mas me vuelve loco.
Sin tí á mi afan... todo es poco!
- CAR. Ay Gonzalo!
- GON. Ay Carolina!

ESCENA XV.

CAROLINA, GONZALO, ROSARIO.

- ROS. Señorita! Señorita!
- CAR. Qué?
- ROS. Ni de huir tiempo tiene.
Don Fernando hácia aquí viene
con una cara... (Ay maldito!)
- CAR. Dios mio!

GON. Deja el temor.
Al cabo lo ha de saber,
y alguna vez ha de ser.
ROS. Y dice muy bien! Valor! (A Carolina.)
Mire usted que es cosa rara
no querer que llegue el día...
Yo que usted, me casaría,
no mas que por darle en cara.

ESCENA XVI.

CAROLINA, GONZALO, ROSARIO, D. FERNANDO.

CAR. Ah!
FER. Y don Cristóbal?
GON. No sé.
ROS. Ni yo.
FER. ¡Incertidumbre y...!
¿Qué hacen ustedes aquí?
CAR. Nada...
FER. Bien. Yo lo sabré!

ESCENA XVII.

D. FERNANDO, CAROLINA, GONZALO, ROSARIO, D. GABRIEL,
y D. CRISTÓBAL.

FER. Don Cristóbal! (Corriendo á su encuentro.)
CAR. Don Gabriel! (Idem.)
FER. ¿Qué? (Con ansiedad.)
CRIST. Cayeron. (Con desesperacion.)
CAR. Y?...
GAB. Salvado!
FER. Pero, quién sube?
CRIST. Han triunfado. (Con dolor.)
FER. Dios!
GAB. Eso le salva á él.
CA. Go. F. ¿Cómo?
GAB. Su sistema mismo
profesan los que ora imperan:
los que ayer crímenes eran,
hoy son rasgos de heroísmo.
Ya no espera una prision
este español escelente...
Mañana probablemente
le darán una pension.
CAR. Libre!
GON. Sí!
FER. Perdido!

- GAB. GON. Ab! (*Mirándose con ternura.*)
- ROS. Tengo un placer... un contento...
- CRIST. (*Paciencia! Este casamiento pronto me reintegrará!*)
- GAB. Ahora no se opondrá nada á su enlace.
- CRIST. Cómo? qué?...
FER. Oh! no, siempre me opondré...
Mi palabra está empeñada.
- CRIST. Y no creo que rehuya cumplirla. Así su bien labra.
El, ha dado su palabra!...
- GAB. Ella, no dará la suya.
Pero... á qué tanta querella?
No pienses en ello mas. (*A Fernando.*)
Si tu licecia no das...
bien: se casarán sin ella.
- FER. Oh!
- CRIST. Cómo? Esto mas perdido!
(*Con desesperacion.*)
y creí!...
- GAB. El hombre propone...
- CRIST. Sí! Y el dinero dispone...
Yo he bajado... él ha subido.
Pues bien: renuncio.
(*Como haciendo un sacrificio.*)
Así á tientas...
- GAB. Sí señor. (*Y bien mirado...*
el tutor queda arruinado.
Buenas estarán las cuentas!)
Todo! no me queda nada...
nada me sale á derechas...
Tal vez estará á estas fechas
la prohibicion levantada!
- GAB. Eso dará al libro vida.
Verá usted cuál la recobra
con un: «Esta bella obra
tanto tiempo prohibida...»
¿Qué bolsillo hay que resista
á ese aliciente?
- CRIST. ¡Jé! jé!
Vé usted muy lejos!... (*Tosiendo.*)
Y usted?...
- GAB. Yo... yo soy corto de vista.
- CRIST. Adios.
- GAB. Se va usted?
- CRIST. Si, sí.

Esta mi esfera no es:
yo desprecio el interés
que miro imperar aquí.

GAB. Si... tiene usted ese defecto.
CRIST. Ejem!... Creo que importuno.

GAB. Qué!
CRIST. (Gano ciento por uno.
Voy á cuidar del prospecto.)

ESCENA XVIII.

CAROLINA, D. GABRIEL, GONZALO, D. FERNANDO, ROSARIO.

ROS. Bien! Que tosa... y...
GAB. Vuelve en tí. (A Fernando.)

Vamos.

FER. No me digas nada.
CAR. (Su suerte es muy desdichada.
GON. Aliviémosla.

CAR. Si, si.)
ROS. (Escuche usted. El no siente
verlos á ustedes casar: (A Carolina.)

lo que no quiere es gastar.
Por eso no lo consiente.
Si es así... (Cerrando el puño.)

CAR. Tal egoismo...
ROS. El no tenerlo es de santos:
conozco yo tantos, tantos,
que han hecho y hacen lo mismo!

GON. Bien, vete.)
ROS. (Se casarán?
(Llegándose á don Gabriel.)

GAB. Pues no!
ROS. Qué bueno es usted!
Qué bueno!

GAB. Sí: marchaté.
ROS. Voy. He pasado un afán...
Qué bueno es usted! Y yo
que me habia figurado
que estaba usted enamorado
de la señorita!... Oh!...

GAB. Rosario! (Estremeciéndose.)
ROS. Voy). (Por supuesto (A Carolina.)
que le van á usted á hacer
unos regalos...

GAB. Mujer!
ROS. (Cuándo me verá yo en esto!) (Vase.)

ESCENA XIX.

CAROLINA, D. GABRIEL, GONZALO, D. FERNANDO.

- CAR. (Sl.) (A Gonzalo, con quien ha estado hablando.)
 GON. Tío!
 FER. Qué?
 GON. Su ruina
 quizá remediarse pueda...
 En sus manos de usted queda
 la dote de Carolina.
 FER. Ah!... No: deja que rechace
 generosidad tan rara.
 CAR. Vámonos!
 GAB. (Suplicante.)
 Acepta (y repara
 que es joven quien esto hace.)
 FER. No, no merezco esta acción.
 GON. Vámonos.
 FER. No: mis desvarios...
 CAR. Nos desaira usted...
 FER. Hijos míos!
 Gabriel! Tú tienes razón.
 GAB. Lloras? Estrecha la mano
 que te mostró estos consuelos;
 y... ¡Gracias, Dios de los cielos!
 Ahora te conozco, hermano.
 FER. Gabriel! Es tarde... soy viejo...
 GAB. Pero...
 FER. Unos, hijos!
 CAR. GON. Oh!
 FER. Y sed felices... que yo...
 yo... no puedo más! Os dejo.

ESCENA ULTIMA.

CAROLINA, D. GABRIEL, GONZALO.

- GON. Siempre unidos!
 CAR. Siempre!
 GON. Sí!
 Dicha completa y divina!
 CAR. Conzale!
 GON. Mi Carolina!
 (Gonzalo estrecha las manos á Carolina; D. Gabriel
 los contempla algo apartado, radiante de gozo, con los
 ojos arrasados de lágrimas. Pausa. Tras una transición
 de sentimientos dice con desconsuelo.)
 GAB. Ni una frase para mí!...

- CAR. Oh!
(Corriendo hacia él y echándose en sus brazos.)
- GON. Perdón!
- GAB. Bien, hijos, bien!
(Llorando de placer.)
- CAR. Nada hemos puesto en olvido!
- GON. Y Victor que habrá partido!
(D. Gabriel se estremece al recordar lo que su deber le impone, y dice afectando tranquilidad, desprendiéndose de los brazos de Carolina y Gonzalo.)
- GAB. Adios!... Yo parto también...
- CAR. GON. Usted!
- GAB. Yo, sí. (Casi sin poder dominar su dolor.)
- CAR. Esa emoción...
Su voz tiembla... su mirada...
Qué tiene usted?
- GAB. Nada, nada.
(Se me parte el corazón!)
(Con la mano sobre el pecho, como queriendo contener los latidos del corazón.)
- Adios!
- GON. No.
- CAR. No. Usted padece.
Usted, que es nuestro ángel bueno!
Nuestro padre!
- GON. Estoy sereno.
- GAB. Al decirlo se estremece.
- GAB. Es... que os tengo que dejar...
y eso... me da una inquietud...
El médico... mi salud...
Me precisa viajar.
Necesito variación...
Otros aires... Este frío
me está matando... y... (Dios mío!
Tened de mí compasión!)
- CAR. Bien, bien; pues que ese es su anhelo
y el mal de España le arroja,
el suelo que usted escoja
será nuestro patrio suelo.
Solo de su afecto ansiosos
nuestro cariño mirando,
sus males irá curando
el vernos siempre dichosos.
Vamos donde á usted le cuadre
sin mas debates prolijos.
Usted nos llama sus hijos...
Yo no abandono á mi padre!

GAB. Ah!

GGN. Vacila...

CAR. Nuestro amor...

GAB. Sé que es grande, inmenso, vivo.
Mas... ¡nunca!... Me lo prohibo!...

(Con voz ahogada por el dolor y apenas perceptible.)
(Me lo permito... Es mejor!...)

CAR. GON Pero...

GAB Me alejo de aquí...
Solo!... Es preciso... y lo haré!...

Quizá á veros volveré...

quizá... No hablemos de mí.

Pensemos en vuestro amor,

há poco tan combatido,

hoy feliz... y conseguido.

Demos gracias al Señor:

Sí, su Omnipotencia sola

á tanto bien os llevó.

Ella sola separó

de tu frente la pistola.

Lo olvidó tu saña fiera.

Pero de aquel mal en pos

gritó á tu lado: «Hay un Dios:

ten confianza y espera.»

Hoy que tras esos deslices

todo mal ha terminado,

teneis un deber sagrado:

¡velar por los infelices!

Aguilas de raudo vuelo,

si la altura no os aterra,

no mireis nunca á la tierra,

fijad la vista en el cielo!

Y como á través de un tul

siempre encontrareis escrita,

una máxima bendita

en medio el espacio azul...

máxima cuya bondad

mis tristes pasos guió...

máxima que Dios dictó

en bien de la humanidad:

máxima sencilla y pura

por ninguno contradicha...

«Dudar: hé aquí la desdicha.

Crear!... hé aquí la ventura!»

FIN DE LA COMEDIA.

1030043

